

William Faulkner

El villorrio

Loco por un caballo

I

Sí, señor. No fue Pap quien le compró un caballo a a Pat Stamper y luego le vendió dos. Fue mamá. Lo que hicieron ella y Pat fue utilizar a Pap como intermediario. Porque cuando salimos de casa aquella mañana con el dinero de la desnatadora de mamá nunca pensamos hacer tratos con caballos. E imagino que si Pap hubiera tenido alguna idea de que el destino le tenía deparado trocar caballos con Pat Stamper, jamás lo habrían llevado detenido a la ciudad. Ni siquiera sabíamos que había sido Pat Stamper quien había endilgado el caballo a quienquiera que fuera el que se lo vendió a Beasley Kemp hasta que estuvimos a mitad de camino. Porque Pap admitía que se volvía loco por un caballo, pero no se refería a ese tipo de locura. Y una vez fuera de la granja, lejos de los vecinos que miraban a través de la cerca aquello -fuera lo que fuese- por lo que en aquella ocasión Pap había entregado a cambio un poco más de alambre de espino y alguna que otra herramienta inservible del viejo Anse Holland, mientras Pap les mentía lo que consideraba conveniente acerca de la cantidad que había dado a cambio y lo viejo que era el género; una vez fuera de allí, no creo que fuese en realidad el tipo de loco por los caballos que mamá le acusó de ser aquel mediodía, cuando llegamos a casa después de encerrar en la cerca el caballo que acabábamos de cambiar a Beasley Kemp; Pap se quitaba los zapatos en el porche para comer y mamá, de pie en la puerta, agitaba la sartén fría en dirección a Pap, mientras le regañaba y le increpaba y Pap decía: -Vamos, Vynie; vamos, Vynie.

Siempre me he vuelto loco por un buen caballo, y de nada sirve que me riñas ni que te metas conmigo. Lo que tendrías que hacer es dar gracias a Dios, que al darme buen ojo para los caballos me dio también un poco de sentido común y de gramática parda en ese sentido.

Porque no era el caballo. No era el trueque. Había sido un buen trato, pues Pap le entregó a Beasley, a cambio del caballo, una esteva en buen estado y doscientos pies de alambre de espino y una

vieja y deteriorada máquina de moler sorgo, todo ello propiedad del viejo Anse, y mamá admitió que había sido un buen trueque hasta por aquel caballo, y hasta por cualquier cosa capaz de levantarse y andar sobre sus cuatro aptas desde la granja de Beasley Kemp hasta la nuestra.

Porque, como decía mientras blandía la sartén contra Pap, Pap nunca podría salir demasiado malparado en ningún trueque de caballos, pues jamás había poseído nada por lo que nadie le pudiera dar a cambio ni un caballo maltrecho, y que si lo hubiera tenido tampoco se lo habría cambiado precisamente a él. Y tampoco fue porque Pap y yo hubiéramos dejado los arados en la parte más baja de la granja, donde mamá no pudiera verlos desde la casa, y hubiéramos sacado a escondidas el carro por el camino trasero cargado con la esteva y la moledora y el alambre de espino, mientras ella creía que seguíamos trabajando en el campo. No era eso. Era como si ella supiera, sin que nadie se lo hubiera dicho, lo que Pap y yo sólo sabríamos una semana después: que Pat Stamper había sido antes propietario del caballo que nos cambió Beasley Kemp, y que Pap, con sólo tocarlo, había contraído la enfermedad de Pat Stamper.

Y creo que mamá tenía razón. Quizá Pap, en su fuero interno, se consideraba el Pat Stamper de la comarca de Frenchman Bend, o quizá incluso de todo Beat Four. Pero creo que hasta cuando lo creía más fervientemente, allí sentado sobre la cerca mientras los vecinos acudían y se apoyaban sobre ella para mirar lo que esta vez había traído a casa, y escuchaban a Pap jactarse -no demasiado, tampoco mentir -quizá tampoco demasiado acerca del trato; creo que incluso entonces había una parte de su mente que le decía que sólo entonces, sentado allí en la cerca, cuando existía una probabilidad en un millón de que el propio Pat Stamper pasara por allí y le desafiara a una competición para probarlo, podía sentirse impunemente el Pat Stamper de Beat Four. Porque la idea de competir con Pat Stamper le subyugaba tanto como la de trocar caballos con una serpiente mocasín acuática. Probablemente, si hubiera sabido que Pat Stamper fue en cierta ocasión el propietario del caballo que nos cambió Beasley Kemp, Pap no lo habría trocado a ningún precio. Pero imagino que cuando un tipo se pierde por azar en un paraje donde hay fiebre amarilla o mocasines, no tiene intención alguna de contagiarse de la fiebre o de salir con una mordedura de serpiente. Así, Pap seguramente nunca tuvo intención de entrar en tratos con Pat Stamper.

Cuando salimos para la ciudad aquella mañana, con el caballo de Beasley y nuestra mula tirando del carro, y el dinero que mamá había estado ahorrando durante cuatro años para comprar la desnatadora en el bolsillo de Pap, no pensábamos en absoluto en comerciar con caballos, y menos aún con Pat Stamper, pues no sabíamos que Pat Stamper estuviera en Jefferson, ni siquiera sabíamos que en otro tiempo hubiera sido propietario de dicho caballo hasta que llegamos al almacén de Varner. Fue el destino. Fue como si el propio Señor hubiera decidido que el dinero de la desnatadora de mamá se gastara en un caballo; tuvo que haber sido él, porque nadie más -al menos nadie que conociera mamá- se hubiera atrevido a hacerlo. Sí, señor.

Pura obra del destino. Aunque he de admitir que el destino eligió una mano buena, rápida y bien dispuesta cuando eligió a Pap. Porque no era esa clase de locura a la que Pap se refería cuando admitía que podía estar loco por un caballo.

No, señor. No era ese tipo de loco. Pienso que allí sentado en el porche aquel mediodía, después de que mamá terminara su filípica por el momento y volviera a la cocina, y de que yo trajera la calabaza de agua fresca del pozo, mientras la carne de cerdo siseaba y hacía plop, plop en el fuego y Pap esperaba la comida para bajar luego al corral y sentarse en la cerca y ver llegar a los vecinos de dos en dos o de tres en tres para contemplar su nuevo caballo; pienso, como digo, que quizá Pap, en su fuero interno, no sólo creía que sabía del comercio de caballos tanto como Pat Stamper, sino que poseía tantos ejemplares como el propio viejo Anse. Pienso que en tales ocasiones, sentado allí en la cerca, moviéndose tan sólo lo estrictamente necesario para que el sol no lo molestase, mientras los dos arados vacíos yacían en los surcos allá abajo, en la parte más baja del sembrado, y mamá, mirándole desde la ventana trasera, le decía: "¡Tratante de caballos! Ahí sentado, soltando embustes y bravuconadas a una pandilla de holgazanes... y los hierbajos y los dondiegos de día creciendo e invadiendo el maíz y el algodón de tal forma que hasta me da miedo llevarle la comida, infestado como está todo de serpientes"; pienso que en tales ocasiones Pap echaba una mirada a lo que fuera que esa vez hubiera conseguido a cambio del buzón del correo o el maíz de invierno o cualquier cosa que el viejo Anse quizá había olvidado que tenía o al menos no iba a echar en falta, y decía para sí mismo: "No es porque sea mío, pero Dios es testigo de que es el puñado de caballos más bonito que nadie ha visto jamás".

## II

Fue pura obra del destino. Cuando salimos para la ciudad aquella mañana con el dinero de la desnatadora de mamá, Pap ni siquiera pensaba utilizar el caballo de Beasley, pues sabía que probablemente no sería capaz de recorrer las doce millas a Jefferson y volver en el mismo día. Lo que pensaba era ir adonde el viejo Anse y pedirle prestada una de sus mulas para engancharla con la nuestra. Fue mamá la que tuvo la culpa; empezó a burlarse de él acerca de la porquería de jamelgo que había comprado para adornar el patio, hasta que Pap dijo que, por Cristo, ya les iba a enseñar a mamá y a todos los demás que ponían en tela de juicio su conocimiento de los caballos a primera vista. Y así, fuimos al corral y enganchamos el caballo al carro junto a la mula. Habíamos estado una semana sobrealimentándolo, a fin de que tuviera mucho mejor aspecto que cuando lo trajimos. Pero ni aun así parecía tan lozano, porque Pap acabó diciendo que era la mula la que lo ponía en evidencia, que

cuando se veían por separado no causaba tan mala impresión y que era el hecho de aparecer al lado de algo con cuatro patas lo que dañaba su imagen. "Si al menos hubiera algún modo de enganchar a la mula debajo del carro para que no pudieran verla, y que sólo el caballo quedara a la vista, luciría lo suyo", decía Pap. Pero no había forma de hacerlo, así que hicimos todo lo posible. Era un bayo parecido a una estera, de modo que mientras Pap, a unos veinte pies de distancia y cerrando primero un ojo y después el otro me decía: "Dale duro. Tienes que hacer que le salga brillo a la piel", lo restregué con unos sacos lo mejor que pude. Pap pensó en darle un buen puñado de sal mezclada con un poco de grano, a fin de que se atiborrara de agua y se le disimulara alguna de las costillas, pero sabíamos que así nunca llegaríamos a Jefferson en todo el día, y para qué hablar de la vuelta, teniendo en cuenta además que tendríamos que parar en todos los arroyos que encontrásemos para que el animal repostase. Así que hicimos lo que pudimos y nos pusimos en camino, con el dinero para la desnatadora de mamá (eran veintisiete dólares con sesenta y cinco centavos, ahorrados durante cuatro años del dinero de los huevos y las colchas) atado en un trapo, y con la prohibición expresa de abrirlo para contar las monedas antes de pagar a tío Ike McCaslin en la tienda y tener la desnatadora ya en el carro.

Sí, señor. El destino. El mismo destino que hizo que mamá se mofase de Pap y lo incitase a que saliéramos con el caballo de Beasley; el mismo destino que hizo que saliéramos una mañana calurosa de julio. Porque cuando salimos de casa aquella mañana ni siquiera pensábamos en llevar a cabo ningún trato de caballos. Pensábamos en caballos, lo admito, porque íbamos pensando si aquella noche no tendríamos que volver con el caballo de Beasley montado en el carro y Pap y yo amarrado a los tirantes del carro junto a la mula. Sí, señor. Pap hizo salir al tiro del corral pausadamente al amanecer, y lo hizo avanzar por el camino hacia Frechman Bend tan lenta y cuidadosamente como jamás se había visto caminar a pareja alguna de caballo y mula, y siempre que llegábamos a una colina lo bastante inclinada como para que el agua descendiera por los surcos, Pap y yo nos bajábamos del carro y subíamos a pie, y teníamos intención de hacer lo mismo hasta Jefferson. Fue el tiempo, el calor tórrido, el culpable. Porque allí estábamos, a una milla aproximadamente del bazar de Varner, con el caballo de Beasley medio andando, medio en volandas sobre los balancines, y la cara de Pap con aire cada vez más preocupado cuando el caballo no conseguía levantar las patas lo bastante como para dar el paso siguiente, cuando de pronto el animal rompió a sudar.

Alzó la cabeza como si le hubieran arrojado un atizador al rojo al cuerpo y se encajó de lleno en la collera, entrando en contacto con ella por primera vez desde que, al restallar el látigo de Pap dentro del corral, la mula cargó el peso sobre la pechera y empezó a tirar del carro. Y henos allí bajando la última colina y acercándonos al bazar de Varner, y el caballo de Beasley con la cabeza alzada y echando espumarajos por la boca y con los ojos orlados de blanco, como esos platos coloreados de lujo, y Pap tirando de las riendas, y que me aspen si el sudor no lo convirtió en el bayo de pura raza más

precioso que jamás se hubiera visto; y no sólo eso, sino que hasta las costillas dejaron de marcársele de forma tan exagerada. Y Pap, que antes había estado hablando de pasar por un camino secundario para evitar el bazar, allí sentado en el carro con la misma desenvoltura con que solía hacerlo sobre la cerca del corral, donde se sentía a salvo de Pat Stamper, y diciéndole a Jody Varner y a los otros que el caballo de Beasley venía de Kentucky. Jody Varner ni siquiera se rió. "¿De Kentucky, eh? -dijo-. Ah, claro.

Así se explica cómo ha tardado tanto.

Herman Short le dio por él a Pat Stamper hace cinco años un carricoche y un juego de arreos, y Beasley Kemp le dio a Herman ocho dólares el verano pasado. ¿Cuánto le diste por él a Beasley? ¿Cincuenta centavos?" Y esto acabó de arreglarlo. De ahí en adelante, todo marchó por sí solo.

No era el caballo; no era el trato.

Seguía siendo un buen trato, porque en cierto sentido podía decirse que lo único que Pap le dio a Beasley fue la esteva, pues el alambre de espino y la moladora de sorgo pertenecían al viejo Anse. Y tampoco se trataba del carricoche y de los arreos que Herman Short le entregó a Pat Stamper; eran los ocho dólares que Beasley le pagó a Herman. Eso era lo que llenaba de resentimiento a Pap. Y no es que le reprochara los ocho dólares a Herman, pues Herman había invertido anteriormente un carricoche y unos arreos. Además los ocho dólares, aun en caso de que estuvieran fuera de circulación, seguían en el condado perteneciendo a Herman Short, de modo que poco importaba si los tenía Herman o Beasley. Era Pat Stamper quien exasperaba a Pap. Una cosa es cambiar caballo por caballo, pero cuando el dinero empieza a cambiar de manos la cosa es diferente. Y cuando un forastero viene a la región y empieza a hacer que el dinero contante y sonante brinque de mano en mano, es como cuando un ladrón entra en tu casa y te pone todo, ropas y demás, patas arriba; aunque no se lleve nada, es lo mismo; te saca de quicio. Así que no se trataba sólo de volver a encajar a Pat Stamper el caballo de Beasley.

Se trataba de sacarle de algún modo a Pat los ocho dólares de Beasley. Y es por eso que fue pura obra del destino el que Pat Stamper acampara en el camino de Jefferson precisamente el día en que Pap y yo tomamos tal camino para ir en busca de la desnatadora de mamá.

Y creo que el resto de la historia apenas merece relatarse, salvo para ilustrar cómo cuando un hombre comienza a trazar un plan para hacer algo, lo único que hace es pensar que traza un plan: lo que realmente está haciendo es dar la bienvenida a la desdicha, abriendo de par en par las puertas y diciendo: "Muy bien, Mala Suerte; adelante". Así que allí estaba Pat Stamper con aquel negro mago que le acompañaba siempre, acampados en el pastizal de Hoke, junto al mismo camino por el que habíamos de pasar para ir a la ciudad, y allí estaba Pap en el trayecto, con dos acémilas y veintisiete dólares con sesenta y cinco centavos en efectivo, sintiendo que todo

el honor y el orgullo de la ciencia y el gozo del comercio de caballos del condado de Yoknapatawpha dependían de él si habían de ser reivindicados. Así que pienso que el resto de la historia ni siquiera merece relatarse. No necesito contar si Pap y yo volvimos andando a casa o no, pues todo aquel que no conoce a Pat Stamper sabe bien que Pat jamás pagó caballo o mula al contado en su vida; lo cambiaba siempre por algo capaz cuando menos de caminar hasta perderse de vista. Así que el único punto de interés estriba en qué es lo que tiraba del carro cuando volvimos a casa.

Y también qué es lo que hizo mamá al preguntar: "¿Dónde está mi desnatadora?", y decirle Pap: "Vamos Vynie; vamos, Vynie". Sí, señor. En lo tocante a tratos, no era después de todo con Pat Stamper con quien Pap iba a cambiar caballos. Sino con el mismísimo demonio.

Porque Pap no estaba desesperado.

Después del primer trueque se desesperó. Antes sólo estaba fuera de quicio, como cuando alguien sueña que está en medio de la vía y el tren llega; el tren está ya casi encima y uno no puede correr ni echarse a un lado, porque de pronto se da cuenta de que está corriendo sobre arena, de modo que al cabo de un rato a uno le importa poco si el tren le arrolla o no, pues lo único que puede pensar es que le saca de quicio la arena. Así es como estaba Pap. Cuanto más cerca estábamos de Jefferson más fuera de quicio estaba. Y no contra el caballo de Beasley, pues camino de la ciudad lo cuidamos con el mismo esmero con que lo habíamos cuidado hasta llegar al bazar de Varner, cuando empezó a sudar. Sino a causa de los ocho dólares que el animal representaba. Yo no recuerdo siquiera cuándo y dónde nos enteramos de que Pat Stamper estaba en Jefferson aquel día. Porque Pap ni siquiera se preocupó por averiguar dónde estaba acampado Pat, y cuando entramos en la ciudad ya había tenido lugar el trueque. Sí, señor. Subimos aquellas largas colinas caminando junto al caballo de Beasley, que aunque se apoyaba lo mejor que podía en la collera y seguía siendo la mula la que hacía la mayor parte del trabajo, y Pap, a pie al lado del carro, iba maldiciendo a Pat Stamper y a Herman Short y a Beasley Kemp y a Jody Varner, y cuando llegó el momento del descenso Pap tuvo que sujetar el freno del carro con una vara de arbolillo, por miedo a que el caballo de Beasley se colara por la collera a causa del peso y se volviera del revés como un calcetín, y siguió maldiciendo a Pat Stamper y a Herman y a Beasley y a Varner, y al fin llegamos al puente de las tres millas y Pap salió del camino y se internó en los matorrales y desenganchó la mula e hizo un nudo en una rienda para que yo pudiera montarla y me dio un cuarto de dólar y me dijo que fuera a la ciudad y que comprara diez centavos de salitre y cinco centavos de alquitrán y un anzuelo del número diez.

Así que no entramos en la ciudad hasta la tarde. Fuimos directamente al pastizal de Hoke, donde acampaba Pat Stamper -yo ya había pasado por allí dos veces a lomos de la mula-, y al llegar, el caballo de Beasley tiraba con verdadero brío de la collera, y sus ojos tenían la fiereza que una hora más tarde habrían de tener los de Pap cuando

salimos de la tienda de McCaslin por la puerta trasera con la desnatadora, y echaba espuma por la boca -Pap le había frotado las encías con el resto del salitre- y llevaba dos buenos cortes de alambre de espino alquitranado bien pegados al pecho y, en uno de los flancos, el anzuelo, que Pap se había ocupado de introducirle bajo la piel, de forma que no tenía más que bajar las riendas de cuando en cuando. Sí, señor. Irrumpimos en el pastizal de Hoke empujados sobre dos ruedas, mientras Pap tiraba de las riendas para sujetar el carro, y el negro de Pat Stamper vino corriendo y agarró la brida para impedir que el caballo de Beasley se metiera en tromba en la tienda donde dormía Pat y Pat en persona salió de ella con aquel sombrero Stetson de color crema ladeado sobre un ojo y con los ojos del color de una reja de arado nueva y tan cálidos como ella.

-Caballo vivaracho el suyo -dijo Pat.

-¡Puro fuego, sí! -dijo Pap-. El condenado va a matarnos a mí y al chico antes de que logremos meterlo por aquella puerta. Por eso quiero deshacerme de él. Doy por supuesto que usted se aprovechará de mí, pero tengo que cambiarlo a la fuerza. Así que venga, haga negocio en seguida y déme a cambio algo a lo que no me asuste acercarme.

Y yo sigo pensando que Pap daba en el clavo, que era el sistema correcto.

Habían pasado cinco años desde que Pat vio por última vez al animal, o al menos desde que se lo endosó a Herman Short, de modo que Pap y yo imaginamos que era tan probable que Pat reconociese al animal como que un ratero reconociese un reloj de dólar que aconteció pegársele a la ropa al pasar al lado de alguien cinco años atrás. Era el sistema correcto: llegarse hasta él y decirle que necesitábamos cambiar el caballo, en lugar de andar por allí haciéndonos los remolones a la espera de que Pat nos convenciese. Y Pap no quería tampoco engañar demasiado a Pat. Lo único que quería era lavar la afrenta de aquellos ocho dólares en efectivo. De eso se trataba: de los ocho dólares en efectivo, valor en que se cifraba la honra del comercio de caballos del condado de Yoknapatawpha; y Pap por designación propia caballeroso paladín de dicha honra, lavaría la afrenta no por interés egoísta sino por honor. Y que me aspen si no sigo creyendo que la cosa funcionó, que Pap logró estafar a Pat, y que el hecho de que Pat no aceptara más que cambiar pareja por pareja no se debió a que hubiera reconocido al caballo de Beasley, sino a lo que pretendía dar a cambio a Pap.

O, no sé, quizá Pap estaba tan ocupado engañando a Pat que Pat no necesitó siquiera engañar a Pap; era como cuando un hombre tiene necesidad de hacer algo: por mucho empeño que ponga, nunca consigue hacerlo más que a medias, mientras que cuando a un hombre le tiene sin cuidado si hace una cosa o no, la hace el doble de bien en la mitad de tiempo. Así que henos allí: el negro sujetaba la pareja de mulas que Pat pretendía cambiar por nuestro tiro, y Pat mascaba tabaco lenta y delicada e ininterrumpidamente mientras miraba a Pap con aquellos ojos color de reja de arado, y Pap allí de pie con

aquella expresión de desesperanza en el semblante, no porque estuviera asustado sino porque se veía obligado a pensar con rapidez, pues se estaba dando cuenta de que había ido más lejos de lo que planeaba y de que tendría que cerrar los ojos e ir hasta el final o echarse atrás y salir de allí al instante.

Porque fue entonces cuando Pat Stamper demostró quién era Pat Stamper. Si se hubiera puesto a convencer a Pap de la ganga que iba a conseguir llevándose sus dos mulas, creo que Pap se habría echado atrás.

Pero Pat no hizo tal cosa. Se limitó a embaucar a Pap como un ladrón de categoría que, pura y simplemente, se negara a decirle a otro ladrón de altos vuelos dónde está la caja de caudales.

-Pero es que no quiero cambiar el tiro entero -dijo Pap-. Ya tengo una buena mula. Lo que no quiero es el caballo. Cambiemos mi caballo por una de sus mulas.

-No -dijo Pat-. Tampoco quiero yo un caballo tan indómito. No es que no esté dispuesto a comerciar con cualquier cosa que pueda caminar, siempre que sea a mi manera. Pero no quiero hacer un trato que incluya solamente ese caballo, pues me interesa tan poco como a usted. Lo que me interesa es la mula. Además, esta pareja mía forma un tronco bien apareado.

Pienso sacar por ella tres veces más de lo que sacaría por cualquiera de las dos por separado.

-Pero le seguiría quedando un tronco con que comerciar -dijo Pap.

-No -dijo Pat-. Voy a sacarle a usted por él más de lo que sacaría separándolo. Si lo que quiere es una sola mula, será mejor que busque a otro.

Así que Pap volvió a mirar las mulas. Ahí estuvo el quid de la cuestión. Su aspecto era decente. Decente, ni más ni menos. No parecían demasiado buenas ni demasiado malas.

Ninguna de las dos parecía tan buena como la nuestra, pero las dos juntas parecerían siempre un poco mejor que el caballo de Beasley y la mula de cualquiera. Ahí estaba el quid de la cuestión. Si hubiera tenido aspecto de una ganga, creo que hasta yo, un chico de doce años, habría tenido la sensatez suficiente para decirle a Pap que se dejara de tratos y que nos fuéramos de allí en seguida. Pero, ah, Señor, imagino que estábamos perdidos desde el momento mismo en que Jody Varner nos habló de aquellos ocho dólares. Imagino que Pat Stamper supo que estábamos predestinados al fracaso desde el momento mismo en que alzó la vista y vio al negro sujetando al caballo de Beasley fuera de la tienda. Imagino que en aquel mismo momento supo que no habría necesidad de mostrarse interesado por el trueque, que lo único que tenía que hacer era decir "No" el tiempo suficiente. Y eso es lo que hizo, apoyado sobre la base del carro, con los pulgares metidos en la cintura del pantalón, mascando tabaco y



observando a Pap, que volvía a examinar las mulas con detenimiento. Porque hasta yo sabía que Pap había ya cerrado el trato, que se había internado en lo que creyó la ramificación de un manantial y resultaron ser arenas movedizas, y ahora sabía que no podía siquiera tomarse el tiempo suficiente para volverse atrás.

-De acuerdo -dijo-. Me las llevo.

El negro desenganchó, pues, el caballo de Beasley y la mula y enganchó el nuevo tronco a nuestro carro, y Pap y yo seguimos en dirección a la ciudad. Y Dios es testigo de que las mulas seguían teniendo buen aspecto.

Que me aspen si no pensé que quizá Pap había logrado salir de aquellas arenas movedizas llamadas Pat Stamper. O que quizá estaba saliendo fuera del alcance de Pat Stamper dando rienda suelta a las dos mulas.

Porque cuando volvimos al camino y estuvimos fuera de la vista del campamento de Stamper, Pap empezó a poner la misma cara que cuando se sentaba en la cerca del corral de la casa y explicaba a sus compadres que podía volverse loco por un caballo, pero no loco de remate. No se sentía a sus anchas todavía; estaba en guardia, sentado en el pescante y tanteando nuestras nuevas mulas. Estábamos ya entrando en la ciudad, así que no nos quedaba mucho tiempo para probarlas, aunque tendríamos buena ocasión de hacerlo en el camino de vuelta.

-Por Cristo -dijo Pap-. Si pueden llegar hasta casa, habré recuperado esos ocho dólares, y al diablo con Pat Stamper.

Pero el caso es que aquel negro era un artista. Porque juro por Dios que las mulas tenían buen aspecto. Parecían dos mulas normales, no demasiado buenas, exactamente iguales a las que podían verse en centenares de carros a lo largo del camino. Yo había notado que echaban a andar con una especie de respingo, que primero una se encajaba de un tirón en la collera y después se echaba bruscamente atrás, y luego la otra daba asimismo un tirón en la collera y después se echaba atrás, y que ya en el camino, cuando el carro marchaba como una seda, a una de ellas le daba una especie de arrebató y se ponía de soslayo, cruzándose con los tirantes, como si quisiera volverse atrás. Pero Stamper nos había dicho únicamente que se trataba de un tronco bien apareado; jamás había dicho que hubieran trabajado juntas, como tal pareja, y, en efecto, se trataba de un tronco bien apareado en el sentido de que ninguna de ellas parecía tener la menor idea de cuándo iba a echar a andar la otra o qué dirección iba a tomar. Pero Pap logró enderezarlas y seguimos adelante; empezábamos a subir la gran colina que conduce a la ciudad cuando de pronto las mulas rompieron a sudar, como el caballo de Beasley antes de llegar al bazar de Varner.

Pero era natural; hacía un calor endiablado; fue entonces cuando me di cuenta de que antes del anochecer caería un aguacero. Recuerdo que estaba yo pensando que la lluvia se nos vendría encima antes de

que pudiéramos llegar a casa cuando las mulas se pusieron a sudar. Y era muy natural; no se lo reproché; el problema era que se trataba de un sudor diferente al del caballo de Beasley. Recuerdo que estaba yo mirando una nube grande y brillante y ardiente allá en el sudoeste cuando, de pronto, me di cuenta de que el carro había dejado de avanzar colina arriba y empezaba a retroceder. Entonces bajé la vista y alcancé a ver a las mulas: cruzadas ambas esta vez, se miraban como airadamente desde cada lado de la lanza.

Pap intentaba enderezarlas, con ojos muy parecidos a los de ellas, cuando de pronto se enderezaron, y recuerdo que pensé que era una suerte que en aquel momento tuvieran las grupas vueltas hacia el carro, pues era la primera vez que se movían a un tiempo en toda su vida, o al menos por primera vez desde que Pap era su dueño.

Y, señores, henos allí colina arriba a la carrera, entrando en la ciudad como una cucaracha en su agujero, con el carro sobre dos ruedas y Pap tirando de las riendas y gritando: "¡Maldición, maldición!"; la gente se apartaba y Pap se las arregló para desviar a las mulas y enfilear el carro por el callejón trasero del almacén de McCaslin, donde logró detenerlo trabando la rueda izquierda delantera con la rueda de otro carro, cuyas mulas, que estaban atadas, le permitieron a Pap echar el freno. La gente se había ya arremolinado y nos ayudaba a desenredarnos, y Pap llevó a las mulas hasta la puerta trasera de tío Ike, donde las ató en corto al pomo, y entramos en la tienda a recoger la desnatadora, y la gente seguía llegando y diciendo: "Son las mulas de Stamper", mientras Pap respiraba pesadamente, con semblante mucho menos calmo que cuando dejamos el campamento de Stamper, y ojos desaforadamente vigilantes, y decía: "Vamos. Carguemos esa maldita desnatadora de mamá y salgamos rápido de aquí". Así que le entregamos a tío Ike el trapo con el dinero de mamá y cogimos la desnatadora y volvimos al carro, hacia donde lo habíamos dejado. El carro seguía allí. Recuerdo que pude ver la base allí cerca, donde Pap lo había dejado, y pude ver también a la gente de medio cuerpo para arriba allí en el callejón, y entonces me di cuenta de que había casi el doble de personas mirando a nuestras mulas. Creo que Pap no reparó en ello, pues se hallaba demasiado ocupado cargando a marchas forzadas con la desnatadora. Entonces me hice a un lado para echar una ojeada a lo que toda la gente estaba mirando, y entonces caí en la cuenta de que podía ver la parte delantera del carro y el lugar donde Pap y yo habíamos dejado las mulas, pero no alcanzaba a ver ni rastro de ellas. Así que no recuerdo bien si fui yo o Pap quien soltó su extremo de la desnatadora, o si la llevábamos aún cuando ya en el callejón miramos hacia las mulas. Allí seguían, sólo que estaban tendidas en el suelo. Pap las había atado de forma que la cabeza les quedó muy cerca del pomo de la puerta trasera de la tienda, con la misma rienda sujeta a ambos bocados, y ahora los animales parecían dos tipos que se hubieran ahorcado juntos en uno de esos suicidios al unísono: las cabezas unidas, las lenguas afuera, los cuellos estirados hasta alcanzar casi cuatro pies y las patas encogidas bajo el cuerpo, como conejos abatidos por disparos. Pap dio un salto y cortó los arreos de las mulas. Sí, señor.

Un artista. El negro aquel les había administrado la cantidad exacta de quién sabe qué cosa, de forma que pudieran llegar a la ciudad y salir de la plaza antes de que el efecto remitiera.

Y fue entonces cuando le entró aquello a que me refería cuando dije desesperación. Aún puedo ver a Pap, apartado en aquel rincón, detrás de los arados y aperos de labranza y demás útiles, con la cara blanca y la voz temblorosa y tal temblor en la mano que apenas pudo darme los sesenta y cinco centavos.

-Vete a la tienda del doctor Peabody -dijo- y tráeme una pinta de whisky, y hazlo rápido.

Sí, señor. Desesperado. Ahora no eran arenas movedizas. Era un remolino, y a Pap le quedaba sólo una escapatoria. Se bebió la pinta de dos tragos, dejó con cuidado la botella vacía en un rincón del almacén de tío McCaslin y volvimos al carro. Las mulas estaban ya en pie; cargamos la desnatadora en el carro y Pap las hizo echar a andar despacio, mientras todo el mundo miraba y se decían unos a otros que eran dos mulas de Stamper. Ahora, sentado en el pescante, Pap tenía la cara roja en lugar de blanca; las nubes estaban cargadas y el sol se había puesto, pero no creo que Pap se diera cuenta. No habíamos comido, pero tampoco creo que se diera cuenta. Y que me aspen si no parecía que Pat Stamper no se había movido en absoluto, allí de pie en la entrada del corral, con el Stetson ladeado y los pulgares metidos en la cintura de los pantalones. Pap, en el carro, trataba de que las manos no le temblaran, mientras las mulas, con la cabeza baja y las patas abiertas y resollando como si les obligaran a bregar de nuevo el lunes por la mañana en un aserradero, se paraban ante Stamper.

-Vengo a descambiar las mulas -dijo Pap.

-¿Qué es lo que pasa? -dijo Stamper-. No me diga que también le resultan demasiado vivarachas. No lo parecen.

-Está bien -dijo Pap-. Está bien. Lo que quiero es recuperar mi pareja. Le daré cuatro dólares. Todo lo que tengo. Necesito recuperar la mula y el caballo. coja los cuatro dólares y devuélvame la pareja.

-Ya no la tengo -dijo Stamper-.

Tampoco yo quería ese caballo. Ya se lo dije. Así que me deshice de él en seguida.

Pap se quedó allí sentado unos instantes. El cielo estaba encapotado; había refrescado; se podía incluso oler la lluvia.

-De acuerdo -dijo al fin Pap-.

Pero sigue teniendo la mula. De acuerdo. Me la llevaré.

-¿A cambio de qué? -dijo Stamper-. ¿Quiere cambiar esas dos mulas por su mula? -Pap ya no estaba haciendo un trato. Estaba desesperado.

Sentado allí en el carro, mirando como si no pudiera ver, mientras Stamper, apoyado cómodamente en la puerta del corral, lo miraba unos instantes-.

No -dijo-. No quiero esas mulas. La suya es mucho mejor. Además, jamás haría un trueque de ese tipo. -Antes de mirar de nuevo a Pap escupió tranquila y cuidadosamente-. Además, he puesto a su mula con otro caballo.

¿Quiere echarle una ojeada a la pareja?

-De acuerdo -dijo Pap-. ¿Cuánto?

-Ni siquiera quiere verlos antes?

-dijo Stamper.

-De acuerdo -dijo Pap.

Entonces el negro trajo el caballo, un pequeño ejemplar marrón oscuro.

Recuerdo que a pesar de no haber sol y estar nublado y a punto de llover, el animal resplandecía. Era un caballo algo más grande que el que le habíamos cambiado a Stamper, y gordo como un cochino. Sí, señor. Con ese tipo de gordura exactamente; no con la gordura propia de un caballo, sino gordo como un cerdo; gordo hasta las orejas y tirante como un tambor. Tan gordo estaba que a duras penas podía caminar; posaba las patas en el suelo como si no tuviera en ellas peso ni sensibilidad.

-Está demasiado gordo para aguantar -dijo Pap-. Ni siquiera podrá llevarnos hasta casa.

-Lo mismo pienso yo -dijo Stamper-. Por eso quiero quitármelo de encima.

-De acuerdo -dijo Pap-. Pero tendré que probarlo.

-¿Probarlo? -dijo Stamper.

Pap no respondió. Se bajó del carro con cuidado y se acercó al caballo, que llevaba puesto el cabestro.

Le cogió la rienda al negro y se dispuso a montar al animal.

-Espere -dijo Stamper-. ¿Qué es lo que intenta hacer?

-Probarlo -dijo Pap-. Le he cambiado un caballo a usted hoy mismo.

Stamper volvió a mirar a Pap unos instantes. Luego escupió otra vez e hizo ademán como de retroceder un paso.

-Muy bien -dijo-. Ayúdale a montar, Jim.

El negro ayudó a montar a Pap, y ni siquiera tuvo tiempo de apartarse de un salto, pues tan pronto el animal sintió el peso sobre su lomo fue como si Pap llevara un cable eléctrico en los calzones. Lanzó a Pap contra el suelo de mala manera, y Pap se levantó sin que su cara cambiara de expresión lo más mínimo y volvió a acercarse al caballo y le cogió otra vez del cabestro y volvió a montar con ayuda del negro, mientras Stamper lo miraba con las manos hundidas en la cintura del pantalón. Pap salió de nuevo despedido y de nuevo se levantó y se acercó al caballo, sin que la expresión de la cara le cambiara un ápice, y cogía ya el roncal de la mano del negro cuando Stamper lo detuvo. Así fue como Pap se comportó exactamente; como si quisiera que el caballo lo tirara por tierra de mala manera, pero no con intención de lastimarse, sino como dando a entender que la capacidad de sentir la tierra en sus propios huesos y carne era lo único que le quedaba para entregar a cambio de un caballo con la vida suficiente como para llevarnos hasta casa.

-Un momento, un momento -dijo Stamper-. ¿Es que quiere usted matarse?

-De acuerdo -dijo Pap-. ¿Cuánto?

-Venga dentro de la tienda y tómese un trago -dijo Stamper.

Así que esperé en el carro. Empezaba a lloviznar un poco y no nos habíamos traído ninguna ropa de abrigo.

Pero había en el carro unos sacos que mamá nos había hecho llevar para envolver la desnatadora, así que estaba ya envolviéndola cuando apareció el negro con un coche ligero tirado por un caballo. Pap y Stamper salieron entonces de la tienda, y Pap se acercó a nuestro carro. No me miró ni una sola vez. Se limitó a alargar los brazos y sacar la desnatadora de los sacos y cargarla sobre el coche. Luego él y Stamper subieron al coche y partieron en dirección a la ciudad.

Se habían perdido ya de vista cuando advertí que el negro me miraba.

-Me parece que vais a empaparos antes de llegar a casa -dijo.

-Eso parece -dije yo.

-¿Quieres tomar un bocado antes de que vuelvan? -dijo.

-No tengo hambre -dije.

Él se volvió a la tienda y yo me quedé esperando en el carro. Sí, señor; sin duda iba a llover. Recuerdo que pensé que, después de todo, podríamos utilizar los sacos para guarecernos. Luego volvieron Pap y Stamper, y Pap tampoco me miró entonces.

Entró en la tienda; le vi beber de una botella; le vi luego metérsela debajo de la camisa. Creo que fue Stamper quien le dio la botella. Pap nunca lo dijo, pero creo que sí, que Stamper se la dio.

Luego el negro enganchó el caballo nuevo y nuestra mula al carro, y Pap salió de la tienda y montó en él.

Stamper y el negro le ayudaron.

-¿No cree que será mejor que conduzca el chico? -dijo Stamper.

-Yo conduciré -dijo Pap-. Tal vez no sepa cambiar un caballo con usted, pero, ¡por Cristo!, todavía soy capaz de manejarlo.

-Mucho ojo -dijo Stamper-. Este caballo le sorprenderá.

### III

Y lo hizo. Sí, señor. Nos sorprendió, tal y como Stamper dijo.

Sucedió momentos antes de anochecer.

La lluvia, la tormenta cayó sobre nosotros cuando aún no habíamos recorrido una milla; seguimos adelante bajo el aguacero; habrían de pasar dos horas antes de que encontráramos un viejo establo. Íbamos acurrucados en el pescante, bajo los sacos (recuerdo haber pensado que en cierto modo casi deseaba que mamá supiera que no llevábamos la desnatadora, porque la había deseado de tal modo durante tanto tiempo que a lo mejor prefería que siguiera perteneciendo a tío Ike, seca y a salvo allí en su tienda, en lugar de ser ya suya pero a cinco millas de casa, y en el carro bajo la lluvia), mirando nuestro nuevo caballo, tan gordo que posaba las patas en el suelo como si no tuviera peso ni sensibilidad, y que de cuando en cuando, incluso bajo la lluvia, daba un respingo hacia atrás, como cuando el peso de Pap cayó sobre su lomo en el campamento de Stamper. Pero no caeríamos en la cuenta hasta más tarde; ahora, como es natural, conducía yo, pues Pap iba tendido cuan largo era en la base del carro, y la lluvia le golpeaba la cara sin que él siquiera lo notara. Yo iba sentado en el pescante, viendo cómo nuestro nuevo caballo cambiaba de negro a bayo. Yo tenía entonces doce años, y Pap y yo habíamos hecho siempre nuestros tratos de caballos a lo largo de aquel camino rural que pasaba frente a nuestra granja. Así que me metí en el primer refugio que encontré y zarandé a Pap hasta

despertarlo. La lluvia le había despejado un tanto, pero incluso aunque no se hubiera mojado se habría puesto sobrio de inmediato.

-¿Qué? -dijo-. ¿Qué pasa?

-¡El caballo, Pap! -grité- ¡Ha cambiado de color!

Sí, señor. Recuperó la sobriedad de inmediato. Habíamos bajado del carro, y ya no había ninguna duda de que Pap tenía los ojos como platos: donde al dormirse veía un caballo negro había ahora un caballo bayo. Yo tenía sólo doce años; se me antojó todo demasiado rápido; recuerdo que vi cómo Pap palpaba el lomo del caballo en un punto de la piel que la sufra debía de haber rozado de cuando en cuando (ya lo dije: aquel negro era un artista), e inmediatamente después vi al caballo dando corcovos y encabritándose. Recuerdo que me aparté a tiempo y esquivé la acometida de su cuerpo contra la pared, y entonces Pap y yo oímos algo parecido al reventón de un neumático, algo así como "fshshsh..." y acto seguido lo que quedaba de aquel caballo gordo, resplandeciente y negro se esfumó. No quiero decir que Pap y yo no nos quedáramos de pronto solos con la mula.

También había un caballo. Sólo que se trataba del caballo con el que habíamos salido de casa aquella mañana, el mismo por el que dos semanas atrás habíamos dado a cambio a Beasley Kemp la esteva y la máquina de moler sorgo y el alambre de espino. Hasta recuperamos el anzuelo; el metal corvo seguía clavado donde Pap lo había clavado, aunque el negro lo había metido un poco más adentro. Pero no fue sino al día siguiente, ya en casa y a la luz del día, cuando encontramos la válvula de una bomba manual detrás de la pata delantera del caballo.

Y esto fue todo, más o menos. Mamá estaba casi levantada y nos vio pasar, así que al cabo de un rato tuvimos que ir a casa: Pap y yo no habíamos comido desde hacía ya veinticuatro horas, así que fuimos a casa. Mamá estaba en la puerta y decía: "¿Dónde está mi desnatadora?" y Pap decía que siempre se volvía loco por un caballo y que no podía evitarle y que mamá tampoco podía evitarlo y que al menos le diera algo de tiempo; mamá seguía allí de pie, mirándole, y entonces se echó a llorar, y era la primera vez que la veía llorar en toda mi vida. Lloraba desconsoladamente, allí de pie y envuelta en su vieja bata, sin ocultar siquiera la cara, diciendo: -¡Loco por un caballo! Sí, pero ¿por qué por ése? ¿Por qué por ése?

-Vamos, Vynie. Vamos Vynie -decía Pap.

Entonces mamá se volvió y entró en la casa. Nosotros no entramos. Podíamos oírla, pero no estaba en la cocina; Pap me dijo que fuera a la cocina a ver si estaba preparando el desayuno, y que bajara a decírselo. Hice lo que me mandó, pero mamá no estaba en la cocina. Así que nos sentamos en la cerca, y al rato vimos que venía de casa colina abajo. Se había vestido para salir y llevaba el chal y el sombrero y los guantes; entró en el establo sin mirarnos y oímos cómo ensillaba la mula y Pap me dijo que fuera y le preguntara si quería que la ayudara y así lo hice y ella no me contestó y vi la

cara que tenía y volví a la cerca y me senté con Pap y la vimos salir del establo sobre la mula.

Llevaba detrás al caballo de Beasley, que seguía siendo negro en las partes no empapadas por la lluvia.

-Si no hubiera sido por esa maldita lluvia, a lo mejor podríamos habernos deshecho de él -dijo Pap.

Así que entramos en casa y preparé el desayuno y comimos y Pap se echó a dormir un rato. Me dijo que vigilase desde el porche para verla llegar, aunque en realidad ni él ni yo esperábamos que fuera a volver pronto. Fue a la mañana siguiente cuando volvió a casa. Estábamos preparando el desayuno y oímos el carro; miré afuera y vi el carro de Odum Tull; mamá se estaba bajando de él; volví a la cocina adonde Pap, que se disponía ya a salir para el establo.

-Tiene la desnatadora -le dije.

-Supongo que no será nuestra pareja la que tira del carro de Odum Tull -dijo Pap.

-No, señor -dije yo.

La vimos entrar en casa con la desnatadora.

-Supongo que primero se pondrá la bata vieja -dijo Pap-. Debíamos habernos puesto a hacer el desayuno antes.

No tuvimos que esperar apenas, pues al poco la oímos. Hacía un ruido vigoroso, enérgico, como si desnatase a las mil maravillas y a buen ritmo. Y luego se paró.

-Es una pena que sólo tenga un galón -dijo Pap-. Ve a la cocina a ver.

Fui y, efectivamente, allí estaba mamá preparando el desayuno. Pero no nos dejó comerlo en la cocina; nos lo sacó a la puerta.

-Voy a estar muy ocupada, así que no quiero teneros por aquí estorbando -dijo mamá.

Ya todo marchaba bien; su cara estaba serena, aunque con expresión atareada. Así que Pap y yo nos fuimos hasta el pozo y comimos; luego volvimos a oír la desnatadora.

-No sabía que tuviera que pasar más de una vez -dijo Pap.

-A lo mejor tío Ike le enseñó cómo manejarla -dije.

-Creo que mamá es capaz de hacerla funcionar como es debido -dijo Pap-.

O al menos como ella quiere que funcione.



Entonces se paró; Pap y yo empezamos a bajar hacia el establo, pero mamá nos llamó y nos hizo llevar los platos a la puerta de la cocina. Luego nos fuimos al corral y nos sentamos en la cerca, pero -como dijo Pap- no había nada placentero en ello ya, vacío como estaba de cuadrúpedos el corral.

-Me figuro que fue hasta la tienda de ese maldito tipo y dijo: "Aquí tiene su pareja. Tráigame la desnatadora, y rápido. Tengo que encontrar la forma de volver a casa" -dijo Pap.

Al cabo de un rato volvimos a oírla, y aquella tarde subimos a pie a casa del viejo Anse para pedirle prestada una mula y poder terminar la parte baja de los campos, pero al viejo no le quedaba ninguna libre. Así que Pap estuvo maldiciendo un rato, y después volvimos y nos sentamos en la cerca. Y al poco, como era de esperar, oímos cómo mamá la volvía a poner en funcionamiento: la máquina, fuerte e ininterrumpidamente, parecía hacer volar la leche.

-Está desnatándola otra vez -dijo Pap-. Da la impresión de que espera divertirse con ella de lo lindo.

Lagartos en el patio de Jamshyd

I

Los carros, los caballos y mulas ensillados solían empezar a llegar hacia media tarde. Venían valle arriba desde ambas direcciones, cada uno con su propia polvareda lenta, con un aura dramática y profunda, como la de la barcaza pintada que arrastran por el escenario en Ben-Hur. Venían resuelta y pausadamente, tras las oscilantes orejas de las mulas, y había en ellos -hombres, mujeres, jóvenes y viejos- un ánimo no festivo (era demasiado unánime para serlo), sino de ocio, un ánimo de evasión y autoinmolación parecido al de la gente que va al teatro a ver una tragedia, y dejaban la ancha carretera del valle para tomar el viejo camino, la cicatriz apacible y sanadora.

Tan apacible era el camino, tan recuperado estaba de las viejas cicatrices del antiguo desasosiego de los hombres, que apenas dejar la encrucijada parecía adentrarse en otra tierra, en otro mundo; y los destartados carros, las mulas con mataduras de arado, los hombres y mujeres con monos de trabajo y desgarrado algodón de

guinga parecían asimismo haber entrado en otro tiempo, en otra tarde intemporal y sin nombre.

Durante casi sesenta años el camino no había sido hollado por casco o rueda alguna, de forma que ahora, en el agua poco profunda del arroyuelo, donde la arena se hacía más oscura, las recientes y marcadas huellas de llantas y herraduras resultaban tan sorprendentes como gritos en una iglesia.

Más allá del arroyuelo, donde no quedaba ya vestigio alguno del desaparecido puente, el camino iniciaba el ascenso. Discurría recto como una plomada, bordeado por un enmarañado seto de cedros espaciados que ahora entrelazaban sus ramas y alcanzaba un espesor de tres y cuatro pies, y ascendía hasta una selva de cedros solemnes, un paraje en ruinas de amplios prados y jardines cuyo trazado iba desdibujando el tiempo, en donde el desolado y austero esqueleto de una casa descomunal alzaba su tejado roto y sus descabezadas chimeneas.

El lugar era conocido como la hacienda del Viejo Francés, en honor del hombre que lo había construido, que había enderezado el lecho del río y roturado cuatro mil acres de boscaje en la vaguada para que sus esclavos cultivasen algodón; la casa era un enorme edificio cuadrado que los descendientes anónimos y sin historia del anónimo fundador habían ido abatiendo para alimentar la lumbre desde los tiempos de la guerra civil, un edificio enclavado en unos terrenos diseñados cien años atrás por un arquitecto inglés que el fundador hizo venir de Inglaterra, erguido sobre una loma que dominaba los extensos acres hoy parcelados en pequeñas granjas ociosas, propiedad de sus ociosos y lejanos e iletrados herederos.

Nadie recordaba siquiera el nombre del francés. Nadie sabía con certeza si sus anónimas cenizas yacían junto a los de su sangre y junto a los antepasados de los saxofonistas de los garitos de Harlem en la loma más baja que había a cuatrocientas yardas, bajo las lápidas ajadas e ilegibles. Todo lo que quedaba de él era el viejo surco del lecho del río y el camino y el esqueleto de la casa, y la leyenda del oro que sus esclavos enterraron en alguna parte cuando Grant pasó por aquella tierra en su campaña de Vicksburg; así, a lo largo de sesenta años, tres generaciones de hijos y nietos se habían adentrado en el lugar furtivamente y a pie y durante la noche, y habían removido una y otra vez la tierra original en busca del oro y la plata, del dinero y los enseres de metales nobles.

El lugar era a la sazón propiedad de Varner, primer terrateniente de la comunidad; lo había comprado a causa de los impuestos, y lo conservaba por idéntica razón.

Las huellas recientes no llegaban hasta la casa; iban hasta la cerca de lo que antaño fue un jardín, donde podían verse los carros en hilera. Las mujeres se quedaban en el carro, sentadas en sus sillas de tablillas. Pero los hombres se bajaban e iban hasta la cerca y se apoyaban en ella, al lado de los que habían llegado más temprano y observaban al hombre que cavaba en el jardín. Cavaba solo; manejaba

la pala sin pausa y hacía descender la tierra por la pendiente hacia la zanja con una especie de furia pertinaz. Llevaba cavando una semana. Se llamaba Henry Armstid.

Y lo habían estado observando desde hacía una semana; recorrían diez millas en carro o en caballo o en mula y se agrupaban a lo largo de la cerca, con los labios llenos de polvo de tabaco, con el decoro propio de una recepción formal, con el arrobamiento y pasmado interés con que una multitud contempla a un mago en una feria. El primer día, cuando el primer viajero se bajó de su montura y se acercó a la cerca, Armstid se volvió y corrió hacia él blandiendo la pala, y lo hizo huir mientras maldecía con un áspero y débil susurro.

Pero había dejado ya de comportarse de ese modo y al parecer había dejado incluso de percatarse de la presencia de los mirones, que a partir de aquel día se congregaban a lo largo de la acera y charlaban entre sí con pocas palabras, mientras miraban cómo removía la superficie del jardín y hacía rodar la tierra por la pendiente hacia la zanja y cavaba incansablemente aquí y allá, de un lado a otro de la ladera.

Hacia la caída de la tarde los mirones empezaban a volver la vista hacia el camino, donde poco antes de oscurecer aparecería el último carro.

Era un carro destartalado y lleno de composturas, tirado por dos mulas escuálidas como conejos, que chirriaba endiabladamente sobre sus abolladas y desvencijadas ruedas. En él venía sólo una persona, una mujer con informes ropas grises y descoloridos sombreros; los mirones la veían bajarse del carro y coger un cubo de hojalata y acercarse hasta la cerca; Armstid, más allá, seguía trabajando sin alzar siquiera la vista.

La mujer dejaba el cubo en una esquina, dentro de la cerca, y se quedaba allí unos minutos, inmóvil, con las manos juntas y hundidas en un pliegue del vestido gris, que le caía formando rígidos dobleces hasta los sucios zapatos de lona. Se quedaba allí, sin moverse; no parecía mirar a Armstid, no parecía mirar nada. Era su mujer, y en el cubo le traía comida fría.

Nunca se quedaba mucho tiempo.

Armstid nunca la miraba. Nunca hablaban, y ella volvía al cabo de un rato al carro destartalado y se alejaba.

Entonces los mirones empezaban a dispersarse; montaban en sus carros y partían sobre las ruedas chirriantes rumbo a la cena, al establo, y dejaban a Armstid solo de nuevo, hundiéndose en la creciente oscuridad del crepúsculo, debatiéndose pala en mano con la regularidad de un juguete mecánico.

Había algo monstruoso en su tenaz esfuerzo; era como si el juguete fuera demasiado frágil, como si le resultara difícil realizar la

tarea para la cual había sido programado, como si hubieran forzado al límite su mecanismo de cuerda.

Y en las largas mañanas, mientras fumaban lentamente sentados en el porche del bazar de Varner, a dos millas de distancia, o en carros parados en los tranquilos caminos y senderos, o en los campos o en las puertas de las cabañas diseminadas por la lenta y laboriosa tierra, las gentes hablaban de ello: -Sigue allí, ¿no?

-Claro. Sigue.

-Parece que quiere matarse en ese jardín.

-Bueno, no sería ninguna pérdida para ella.

-Así es. Le ahorraría el viaje de todos los días para llevarle comida.

-He visto que cuando va nunca se queda mucho.

-Tiene que volver a casa para darles de cenar a los chicos y cuidar del ganado.

-No creo que ella lo sintiera.

-Claro que no. Seguro que no.

-Ese Flem Snopes... ¡Vaya con Flem Snopes!

-Cierto, es un lince. Sí, señor.

A nadie más que a él se le habría ocurrido hacerlo.

-Nadie habría podido hacerlo.

Cualquiera puede timar a Henry Armstid. Pero nadie más que Flem es capaz de timar a Suratt.

-Así es. Así es. Cierto.

## II

Suratt era un viajante de máquinas de coser. Recorría la región en un coche ligero descubierto, y llevaba a remolque una caseta de perro hecha de chapa de metal, que había pintado para que pareciera una casa. A cada lado de ella había pintado una ventana, y en cada una de ellas la cara de una mujer que sonreía bobaliconamente sobre

una máquina de coser. Dentro de la caseta podía verse una máquina de coser bien asentada.

El coche con su tiro, robusto y mal emparejado, eran vistos un día en un condado y al siguiente en otro, atados bajo la sombra más próxima, mientras Suratt, con la cara afable y viva y una camisa azul pulcra y sin corbata se sentaba entre los hombres en el porche de alguna tienda en alguna encrucijada de caminos. O bien -siempre sentado- con algún grupo de mujeres, en medio de tendedores llenos de ropa y ennegrecidos cubos para la colada junto a un manantial o un pozo, o hablando y escuchando decorosamente sentado en una silla de tablillas a la puerta de una cabaña. Tenía un itinerario regular, y vendía quizá tres máquinas al año; con útiles de labranza e instrumentos musicales de segunda mano, o con cualquier cosa que cayera en sus manos. Poseía una locuacidad afable y hermética, un talento natural para la anécdota y el cotilleo. Nunca olvidaba un nombre, y conocía a todo el mundo, hombre o perro o mula, en cincuenta millas a la redonda.

Su ruta comercial le hacía aparecer por el bazar de Varner cada seis semanas. Un día llegó dos semanas antes de lo previsto. Mientras viajaba por el condado había conseguido por veinte dólares un contrato para venderle a un hombre del Norte, que estaba instalando un rancho para la cría de cabras del país, un centenar de cabras que, según sabía Suratt, estaban en las inmediaciones del Recodo del Francés, cerca del bazar de Varner. Sentado allí en el porche del bazar, Suratt hizo sus cautelosas pesquisas, hábilmente envueltas con sus anécdotas, entre los contertulios y obtuvo la información que deseaba. Al día siguiente salió por la mañana a entrevistarse con el propietario del primer lote de cabras.

-Ojalá hubiera venido ayer -dijo el hombre-. Las he vendido ya.

-Por todos los diablos -dijo Suratt-. ¿A quién?

-A Flem Snopes.

-¿A Flem Snopes?

Snopes era el hombre que tenía a su cargo el bazar de Varner. Varner, que era político y veterinario y predicador laico del metodismo, aparecía rara vez por su tienda. Snopes llevaba ya dos o tres años al frente del negocio; achaparrado, de edad indeterminada -podía muy bien tener de veinticinco a cincuenta años-, cara redonda y llena y ojos sin brillo, se pasaba el día sentado en una silla reclinada al lado de la puerta, en compañía de los pocos y ocasionales parroquianos, mascando y tallando con el cuchillo y sin abrir la boca para nada.

Lo que se sabía de él se sabía únicamente de oídas, nunca por propia confidencia; ni siquiera se conocía la exacta relación que le unía con Varner y la tienda, si era empleado o socio o qué era. Mientras Suratt recababa información acerca de las cabras, había permanecido sentado en su silla de costumbre, mascando y tallando.

-Vino ayer por la noche y me compró todas las que tenía -dijo el propietario de las cabras.

-¿Quiere decir que vino hasta aquí después del anochecer?

-Eran como las nueve. Imagino que no pudo dejar el bazar antes.

-Claro -dijo Suratt-. Imagino que no.

El segundo propietario vivía a cuatro millas de allí. Suratt tardó en llegar treinta y dos minutos.

-He venido a que me diga si ayer por la noche, a las diez, vendió usted sus cabras. O tal vez a las diez y media.

-Vaya, sí -dijo el hombre-. Fue hacia media noche cuando llegó Flem Snopes. ¿Cómo lo sabe?

-Sabía que mi par de bestias era mejor -dijo Suratt-. Por eso lo sé.

Adiós.

-¿A qué viene tanta prisa? Tengo dos lechones que me podría interesar vender.

-Sí, claro -dijo Suratt-. Pero a mí no me vendría bien comprarlos. En cuanto fueran míos se harían de la noche a la mañana del tamaño de un elefante, y luego explotarían. Esta tierra es demasiado rica para mí.

No visitó al tercer y último propietario. Volvió a Jefferson sin pasar por el bazar de Varner. A tres millas de la ciudad, una cabra solitaria se mantenía en somnoliento y precario equilibrio sobre el tejado de un establo. Un chico de corta edad, al lado de la cerca, observó cómo se acercaba y detenía el coche de Suratt.

-¿Cuánto te ofreció Flem Snopes por la cabra, muchacho? -preguntó Suratt.

-¿Qué? -dijo el chico.

Suratt siguió su camino. Tres días después, Snopes le dio a Suratt veintiún dólares por el contrato que Suratt consiguió por veinte. Suratt metió los veinte dólares en el saquito del tabaco y se quedó con el dólar en la mano. Lo lanzó al aire, lo cogió al caer. Los hombres, sentados contra la pared, lo miraban. Snopes se había vuelto a sentar; siguió tallando.

-Bien, al menos no he salido trasquilado -dijo Suratt.

Los hombres, salvo Snopes, se rieron a carcajadas. Suratt los fue mirando, frío, sardónico, jocoso como ellos. Dos niños, un niño y una niña, subían los escalones con una cesta.

Suratt les dio el dólar.

-Aquí tenéis, chiquillos -dijo-.

Aquí tenéis un regalo del señor Snopes.

Fue tres años después cuando Suratt se enteró de que Snopes le había comprado a Varner la hacienda del Viejo Francés. Suratt conocía el lugar. Lo conocía mejor de lo que cualquiera pudiera suponer. Una vez al año solía desviarse de su ruta tres o cuatro millas para pasar por allí.

Entraba por la parte trasera, aunque nadie hubiera sabido decir por qué tomaba esa precaución. Acaso creía que no debía ser visto haciendo algo de lo que no esperaba sacar ningún beneficio. Una vez al año detenía el coche ante la casa y se quedaba sentado contemplando el austero esqueleto somnoliento y un tanto siniestro a la luz del sol estival, pensando en las generaciones de hombres que habían cavado aquella tierra en busca de oro, contemplando la inextricable desolación de cedros y árboles de Júpiter y brezo y arbusto dulce exuberantes y salvajes, percibiendo en el siniestro y soleado silencio los antiguos y esperanzados anhelos ya marchitos, el optimismo, los efluvios de la desesperación y la codicia muertas, el agotado y secreto sudor nocturno dejado sobre aquella tierra por hombres tan inmóviles ya como el hombre que involuntariamente había dejado tras él un monumento más perdurable que cualquier mausoleo tallado o fundido. "Tiene que estar aquí, en alguna parte -se decía Suratt así mismo-. Tiene que estar". Luego recorría dos millas hasta el bazar de Varner, o doce millas hasta Jefferson, llevándose con él algo de aquel aire antiguo, de aquel esplendor, y confundiéndolo, sin embargo, en su mente aldeana, con el deleite sensual que le procuraba la reflexión sobre los medios a emplear para llegar a poseerlos. "Tiene que estar aquí. La gente no seguiría cavando si no estuviera en alguna parte.

No sería justo que se les siguiera permitiendo hacerlo. No, señor".

Suratt se enteró de que Snopes había comprado la hacienda mientras comía en el restaurante que su cuñado y él tenían en Jefferson. Con los codos sobre el gastado mostrador, sentado en un gastado taburete, comía un bistec con patatas. Se quedó inmóvil, encorvado hacia adelante en actitud de seguir comiendo, con la hoja del cuchillo detenida en el aire con su bocado de carne, a medio camino de la boca, y con una mirada de concentración profunda. "Si Flem Snopes ha comprado la hacienda, sabe algo acerca de ella que ni siquiera Will Varner supo nunca. Flem Snopes no compraría ni una ratonera de cinco centavos si no supiera de antemano que iba a sacar por ella diez".

Llegó al bazar de Varner a media tarde. Snopes estaba sentado en su silla, mascando y tallando minuciosamente una vara de pino blando. Había en él, en su camisa blanca, en sus pantalones azules de algodón grueso, sujetos con amplitud y suavidad por los tirantes,

una inercia profunda y refractaria a la prisa, semejante a la de las vacas, la inercia ajena a la necesidad de la prisa de un ídolo.

"Eso es lo que me saca de quicio de él -se dijo Suratt-. Que sin moverse de su asiento sea capaz de saber lo que a mí me cuesta tanto trabajo averiguar. Que yo tenga que darme prisa para averiguarlo, y que no tenga tiempo para darme prisa, pues no sé si al darme prisa me queda tiempo para cometer un error. Y él ahí sentado, sin moverse". Pero la cara de Suratt, al subir los escalones, mostraba su habitual expresión: curiosa, alerta, afable, impenetrable e inmediata. Saludó uno por uno a los hombres sentados en hilera contra la pared.

-Bien, muchachos -dijo-. He oído que Flem se ha comprado una granja.

¿Tienes intención de montar un rancho de cabras propio, Flem? O a lo mejor sólo se trata de darles un hogar a los tipos que desplumas con tus negocios.

-Luego, riéndose con aquella risa suya discreta y elogiosa mientras Flem mascaba despacio y desbastaba minuciosamente la vara con el hermetismo profundo de un ídolo o de una vaca, dijo-: Bien, si Flem sabe algún modo de sacar algo de esa vieja hacienda, que se lo lleven los demonios si no va a tener la boca bien cerrada.

### III

Los tres hombres estaban agazapados en la maleza a lo largo de la zanja que había al pie del jardín. Ante ellos, en la oscuridad, la enmarañada pendiente ascendía hacia una cima en la que se erguían, recortados contra el cielo, el tejado roto y las descabezadas chimeneas de la casa. En una de las ventanas se reflejaba una estrella, como una vela de luz tenue sobre la cornisa. Acurrucados en la maleza, escuchaban los rítmicos suspiros de una pala invisible en la mitad de la pendiente del jardín.

-¿No os lo dije? -susurró Suratt-. ¿Os lo dije o no? ¿Hay algún hombre o mujer en la región que ignore que Flem Snopes no pagaría jamás cinco centavos por algo si no tuviera la certeza de sacar diez?

-¿Cómo sabes que es Flem? -dijo el segundo de los hombres, un soltero acaudalado cuyo nombre era Vernon Tull.



-¿Es que no le he estado vigilando? -dijo Suratt-. ¿Es que no me he pasado dos noches en esta maleza viendo cómo llegaba y se ponía a cavar?

¿Es que no he esperado a que se marchara y me he arrastrado hasta allí y he encontrado todos los hoyos que ha intentado disimular rellenándolos bien y alisando la tierra?

-Pero ¿cómo sé yo que es Flem?

-dijo Vernon.

-En caso de que supieras que es Flem, ¿te convencerías de que hay algo enterrado ahí? -susurró Suratt.

El tercer hombre era Henry Armstid. Estaba entre ambos, en el suelo, mirando ansiosamente la pendiente oscura; los otros dos lo sentían temblar a su lado como un perro.

De cuando en cuando maldecía con un seco susurro. Vivía en una pequeña granja hipotecada, que cultivaban él y su mujer. Su mujer trabajaba como un hombre; en cierta ocasión, habiendo perdido una de las mulas, araron el campo entre los dos, colocándose al lado de la otra mula y tirando del arado un día cada uno, durante toda la estación. O la tierra era pobre o ellos eran malos administradores.

Conseguían sacar de ella apenas lo necesario para malvivir, y la mujer aportaba algo al peculio familiar tejiendo a la luz de la lumbre desde la caída de la tarde. Tejía objetos de adorno con cordales de embalaje de colores y con trozos de tela que le daban las mujeres de Jefferson, donde, vestida con su desvaída bata de guinga y el sombrero y los zapatos de lona, vendía la mercancía de puerta en puerta los días de mercado. Tenían cuatro hijos, todos menores de seis años, y el benjamín un pequeñuelo a quien debían aún llevar en brazos.

Agazapados en el suelo, entre la maleza, en la oscuridad, escuchaban el ruido de la pala. Al rato, éste cesó.

-Lo ha encontrado -dijo Henry; de pronto se alzó entre ambos bruscamente. Lo agarraron cada uno por un brazo.

-¡Quieto! -susurró Suratt-.

¡Quieto! Ayúdame a sujetarlo, Vernon.

Lo sujetaron hasta que se quedó quieto, tendido de nuevo entre ambos, rígido, con la mirada airada, maldiciendo.

-No lo ha encontrado todavía -susurró Suratt-. Sabe que está por aquí, en alguna parte; puede que haya encontrado el papel donde lo explica.

Pero tendrá que buscarlo igual que nosotros. Sabe que está en ese jardín, pero tendrá que buscarlo, lo mismo que nosotros. ¿No le hemos estado vigilando?

Hablaban en susurros siseantes; tensos, jadeantes, miraban ansiosamente hacia la pendiente bañada por la luz de las estrellas.

-¿Cómo sé yo que es Flem? -dijo Vernon.

-Mira. Eso es todo -susurró Suratt.

Estaban agazapados; el hombre que cavaba ascendía oscura y pausadamente por la pendiente; el ruido delataba pereza y no cautela. Suratt agarró a Henry.

-Mira -susurró.

Respiraron emitiendo un sonido siseante, con apasionados y apagados suspiros. Entonces la figura del hombre se hizo visible. Se recortó unos instantes contra el cielo, sobre la cima del altozano, como si hubiera hecho una pausa momentánea.

-¡Allí! -susurró Suratt-. ¿No es Flem Snopes? ¿Me crees ahora?

Vernon aspiró el aire con calma, como quien se dispone a dormir.

-No hay duda -dijo. Hablaba sosegadamente, con mesura-. Es Flem.

-¿Me crees ahora? -susurró Suratt-. ¿Eh? ¿Me crees ahora?

Henry, tendido en el suelo entre ambos, maldecía con un seco susurro.

Sus brazos, bajo los de Vernon y Suratt, vibraban ligeramente como cables eléctricos.

-Lo que tenemos que hacer -dijo Suratt- es venir mañana por la noche, averiguar dónde está y apoderarnos de ello.

-¡Qué diablos mañana por la noche!

-dijo Henry-. Lo que tenemos que hacer es subir y encontrarlo ahora. Eso es lo que tenemos que hacer. Antes de que él...

Discutieron con él violentamente entre siseos, censurando su actitud.

Lo mantuvieron entre ellos, echado en el suelo y maldiciendo.

-Tenemos que encontrarlo y desenterrarlo de una vez, la primera que vengamos -dijo Suratt-. Tenemos que venir con tío Dick, ¿no lo comprendes? ¿No entiendes que tenemos que encontrarlo la primera vez? ¿Que no pueden sorprendernos espiando?

-Tenemos que venir con tío Dick -dijo Vernon-. Calla, Henry, calla.

Volvieron a la noche siguiente con tío Dick. Cuando Vernon y Suratt, que llevaban la otra pala y el pico y a tío Dick apoyándose en ellos, salieron de la zanja y empezaron a subir por el jardín, oyeron cavar a Henry.

Después de esconder el coche en la parte baja del arroyuelo, habían tenido que correr para no dejar de oír en ningún momento a Henry, de modo que tuvieron que cargar con tío Dick, pues el viejo no podía correr solo.

Pero al oír cavar a Henry lo soltaron de inmediato y, mientras el viejo caía a sus pies y alzaba invisibles y agudos jadeos desde el suelo, miraron ansiosamente en dirección al ruido callado y frenético de la pala de Henry en la oscuridad.

-Tenemos que hacer que espere hasta que tío Dick esté listo -dijo Suratt.

Corrieron hacia el ruido hombro con hombro y tropezando en la oscuridad.

Suratt le habló a Henry. Henry no dejó de cavar. Suratt le agarró la pala. Henry se revolvió y blandió la pala como un hacha; se miraron airadamente, con el semblante tenso por falta de sueño y la fatiga y la codicia.

Era la cuarta noche que pasaba Suratt sin quitarse la ropa; y la segunda de Vernon y Henry.

-Atrévete -susurró Henry-. Atrévete.

-Espera, Henry -dijo Suratt-.

Deja que tío Dick lo encuentre.

-Apártate -dijo Henry-. Te lo advierto. Apártate de mi hoyo.

Tío Dick se había incorporado ya y estaba sentado en el suelo cuando Vernon y Suratt volvieron corriendo y se hundieron en la oscura maleza, a su lado, y empezaron a escarbar en busca de la pala. Suratt encontró el pico, palpó el metal con la mano y lo arrojó a su espalda, hacia la oscuridad; volvió a sumirse en la espesura en el mismo instante en que Vernon encontraba la pala. Entablaron una pelea para apoderarse de ella, con la respiración alterada, muda, contenida.

-Suéltala -susurró Suratt-.

Suéltala.

Ambos se aferraban a ella. De la oscuridad se alzaba el ruido de la pala de Henry, que cavaba sin desmayo.

-Esperad -dijo tío Dick.

Se puso en pie con envaramiento.

Era un hombrecito viejo y arrugado, con larga barba blanca, que vestía una mugrienta levita. Suratt, que llevaba ya veintidós horas sin despojarse de sus ropas, había recorrido treinta millas desde el amanecer hasta el crepúsculo para ir en busca del viejo, que vivía solo en una choza embarrada en medio de un cañaveral. Nadie conocía a tío Dick por otro nombre; pertenecía a una época anterior a la de todos aquellos que lo habían conocido.

Preparaba y vendía panaceas y amuletos, y se decía que comía no sólo ranas y culebras, sino también sabandijas y cualquier cosa que cayera en sus manos.

-Esperad -dijo con voz trémula y aflautada-. Hay ira en la tierra.

Debéis hacer que ese hombre deje de herirla, y así el Señor nos mostrará dónde está lo que buscáis.

-Eso es -dijo Suratt-. No dará resultado a menos que el suelo esté tranquilo. Lo había olvidado.

Cuando se acercaron a él, Henry, erguido al pie de su hoyo, les amenazó con la pala y los maldijo, pero tío Dick se adelantó hasta él y lo tocó.

-Puedes cavar y cavar, joven -dijo-. Pero lo que ha sido confiado a la tierra, la tierra lo mantendrá oculto hasta que la voluntad del Señor no manifieste lo contrario.

Henry desistió entonces y bajó la pala. Luego Dick los hizo volver con él hasta la zanja. Se sacó de la levita una rama de melocotonero en forma de horquilla, en cuyo extremo, pendiendo de un trozo de cordel, se balanceaba un cartucho vacío de latón que contenía un diente humano con empaste de oro. Mantuvo el artilugio suspendido allí durante cinco minutos; de cuando en cuando se agachaba y posaba la mano abierta sobre la tierra.

Luego, con los tres hombres pisándole los talones -Henry, envarado y silencioso; Suratt y Vernon, hablando de cuando en cuando con susurros breves y siseantes-, fue hasta un extremo de la cerca, donde cogió la rama por ambos brazos de la horquilla y se quedó allí unos instantes, hablando para sí entre dientes.

Se movían como en una procesión; había algo de escandalosamente pagano y de ortodoxamente funerario en su modo de desplazarse despacio de un lado a otro del jardín, remontando la pendiente escalonadamente. Al acercarse al lugar donde habían visto al hombre cavando la otra noche, tío Dick empezó a aminorar la marcha. Los tres hombres se apiñaron a su espalda con la respiración pesada y tensa.

-Tocadme los codos -dijo tío Dick.

Así lo hicieron. Los brazos del viejo -delgados y frágiles y marchitos como madera podrida- se agitaban un tanto dentro de las mangas. Henry empezó a maldecir, sin motivo alguno.

Tío Dick se detuvo; al tropezar con él, sintieron cómo su cuerpo delgado se ponía tenso de pies a cabeza. Suratt emitió un sonido con la boca y tocó la vara y la encontró curvada, apuntando rígidamente hacia el suelo, con el cordel tirante como un alambre.

Tío Dick se tambaleó; sus manos se abrieron y sus brazos quedaron libres.

La rama quedó inmóvil a sus pies, hasta que Henry, que empezaba a cavar furiosamente con las manos, la arrojó lejos. Seguía maldiciendo. Maldecía el suelo, la tierra.

Los tres hombres cogieron las herramientas y empezaron a cavar de prisa, lanzando a un lado la tierra, mientras tío Dick, informe en sus informes vestimentas, parecía contemplarlos con interés desapasionado. De pronto, los tres hombres se quedaron absolutamente inmóviles, y luego saltaron dentro del hoyo y pelearon en silencio por la posesión de algo.

-¡Quietos! -susurró Suratt-.

¡Quietos! ¿Es que no somos los tres socios a partes iguales?

Pero Henry se apoderó del objeto y Vernon y Suratt, finalmente, desistieron y se apartaron. Henry, medio agachado, estrechaba el objeto contra su cintura y miraba airadamente a sus compañeros.

-Deja que se lo quede -dijo Vernon-. Tiene que haber mucho más, ¿no es eso? Venga aquí, tío Dick.

Tío Dick, a su espalda, estaba inmóvil. Tenía la cabeza vuelta hacia la zanja, hacia el lugar donde noches atrás se habían escondido.

-¿Qué? -susurró Suratt. Los tres se quedaron quietos, un poco encorvados, rígidamente-. ¿Ha visto algo? ¿Hay alguien escondido allá abajo?

-Siento palpar de codicia cuatro sangres -dijo tío Dick-. Hay cuatro sangres ávidas de escoria.

-Bueno, ¿no somos cuatro aquí?

-dijo Vernon.

-A tío Dick le tiene sin cuidado el dinero -dijo Suratt-. Si hay alguien escondido allí...

Echaron a correr con las herramientas en la mano, precipitándose a trompicones pendiente abajo.

-Matadlo -dijo Armstid-. Buscad en los matorrales y matadlo.

-No -dijo Suratt-. Primero hay que cogerlo.

Se pararon al borde de la zanja.

Oyeron a Henry rebuscando dentro de ella. Pero no encontraron nada.

-A lo mejor tío Dick no ha visto a nadie -dijo Vernon.

-Si había alguien, se ha ido -dijo Suratt-. Quizá... -se interrumpió.

Él y Vernon se miraron con fijeza; por encima de su respiración contenida oyeron el caballo. Iba a galope; el ruido, nítido pero débil, se alejaba.

Luego dejó de oírse. Se miraron fijamente en la oscuridad, con las caras muy juntitas.

-Esto significa que nos queda hasta el amanecer -dijo Suratt-. Vamos.

La vara de tío Dick volvió a tensarse y a curvarse dos veces; y ambas veces desenterraron sendos saquitos de lona, sólidos y abultados e inconfundibles incluso en la oscuridad.

-Ahora -dijo Suratt- tenemos un hoyo cada uno, y podemos cavar hasta que salga el sol. A cavar, muchachos.

Cuando el este empezó a perder su negrura no habían encontrado nada más.

Al final consiguieron hacer entrar en razón a Armstid para que dejase de cavar, y rellenaron los hoyos y borraron las huellas. A la luz macilenta abrieron los saquitos. Los de Vernon y Suratt contenían cada uno veinticinco dólares de plata. Armstid no quiso decir lo que contenía el suyo.

Se apartó y se agazapó sobre él, dándoles la espalda. Vernon y Suratt cerraron sus saquitos y se miraron con calma; la fatiga y la falta de sueño les habían atemperado los ánimos.

-Tenemos que comprarlo -dijo Suratt-. Tenemos que comprar este terreno mañana mismo.

-Querrás decir hoy -dijo Vernon.

A la luz macilenta del alba, bajo un árbol, tío Dick dormía en el suelo. Dormía con la placidez de un niño, y ni siquiera roncaba.

-Tienes razón -dijo Suratt-. Ya es otro día.

#### IV

Cuando al mediodía siguiente Suratt llegó al bazar vio que, sentado en el porche con los otros, había un nuevo parroquiano. Era un hombre joven con mono, como los demás, y llevaba la pastilla del rapé en la boca; vivía en el condado vecino y se llamaba Eustace Grimm. Snopes, sentado al lado de la puerta en la silla reclinada, estaba tallando.

Suratt se bajó del coche y ató el tiro.

-Buenos días, caballeros -dijo.

Ellos respondieron al saludo.

-Que me lleve el demonio si no tiene usted aspecto de no haberse acostado en una semana, Suratt -dijo uno de ellos-. ¿Qué es lo que se trae ahora entre manos? Lon Quick contó que su chico vio sus caballos escondidos en la vaguada, al pie de la granja de Armstid, hace dos mañanas, pero yo le dije que esos caballos no habían hecho nada que los obligara a esconderse. Y añadí que de usted no estaba tan seguro.

Suratt se unió a la risa general de buena gana.

-Creo que no. Creo que sigo siendo lo suficientemente inteligente como para no dejarme sorprender por nadie de los aquí presentes, a excepción de Flem Snopes. Ante él debo descubrirme, naturalmente.

Subió los escalones. Snopes no había alzado la vista. Suratt fue paseando la mirada de cara en cara; la detuvo un instante en la de Eustace Grimm, y continuó con los restantes.

-A decir verdad -dijo-, estoy más que harto de vagar por la región para ganarme la vida. Que me aspen si a veces no siento tentaciones de comprarme un trozo de tierra y asentarme como el común de los mortales.

-Podía comprarle a Flem esa hacienda del Viejo no sé qué -dijo Grimm. Estaba mirando a Suratt.

Suratt le devolvió la mirada, y cuando habló su tono fue directo, preñado de intención.

-Es cierto. Podría hacerlo -dijo, mirando a Grimm-. ¿Qué le ha traído por aquí Eustace? ¿No se ha apartado de su camino un buen trecho?

-He venido a ver si soy capaz de sacarle a Flem...

Entonces habló Snopes. Su voz sonó no tanto fría como absolutamente desprovista de inflexión alguna.

-Creo que debes irte ya a comer, Eustace -dijo-. La señora Littlejohn pronto tocará la campanilla. Y no le gusta esperar.

Grimm miró a Snopes, con la boca aún abierta como para seguir hablando.

Se levantó. Suratt, a su vez, miró también a Snopes, que seguía tallando sin levantar la cabeza. Luego volvió a mirar a Grimm, que había cerrado ya la boca y se dirigía hacia los escalones.

-Si el trato que piensas hacer con Flem tiene algo que ver con cabras -dijo Suratt-, te advierto que tengas mucho cuidado.

Los hombres rieron, discreta y elogiosamente. Grimm bajó los escalones.

-Todo depende de lo listo que sea el tipo que trate con Flem -dijo-.

Imagino que Flem no necesita sólo cabras...

-Dile a la señora Littlejohn que iré dentro de diez minutos -dijo Snopes.

Grimm, allí parado y con la cabeza vuelta, volvió a callarse a media frase, y al fin cerró la boca.

-De acuerdo -dijo. Siguió adelante. Suratt le miró, y luego miró a Snopes.

-Flem -dijo-, ¿no pensarás endosarle la hacienda del Viejo Francés a un pobre diablo como Eustace? Eh, muchachos, no deberíamos aprobar una cosa así. Pienso que Eustace se ha ganado a pulso cada centavo que tiene, y que no es rival de la talla de Flem.

Snopes seguía tallando con tediosa obstinación, sacando la mandíbula una y otra vez.

-Es natural que un tipo inteligente como Flem quiera sacar algo en limpio de esa vieja hacienda, pero es que Eustace... Dejad que os cuente algo que me contaron el mes pasado acerca de un Grimm; a lo mejor se trataba de Eustace.

Suratt, hábilmente, logró terminar la anécdota a pesar de las carcajadas.



Cuando acabó de contarla, Snopes se levantó y dejó el cuchillo. Cruzó el porche, con su paso torpe de pato y sus pantalones de algodón grueso sujetos por los tirantes y su camisa blanca, y bajó los escalones. Suratt lo seguía con la mirada.

-Si es la hora que dice, será mejor que me vaya yo también -dijo Suratt-. Es posible que tenga que ir a la ciudad esta noche. -Bajó los escalones. Snopes seguía andando-. Eh, Flem -le dijo-. Tengo que pasar por delante de la casa de los Littlejohn.

Te llevo hasta allí. No te costará ni un centavo.

Los hombres del porche rieron otra vez a carcajadas; miraban a Suratt y a Snopes como unos chicos de doce años mirarían a dos chicos de catorce.

Snopes se detuvo. No miró hacia atrás. Se quedó allí, mascando con impasible parsimonia, hasta que Suratt llegó en su coche y frenó a su lado. Entonces se subió y partieron.

-Así que has vendido esa vieja hacienda -dijo Suratt. Iban al paso.

La casa de la señora Littlejohn estaba a un cuarto de milla; hacia mitad de camino vieron a Eustace Grimm de espaldas-. El terreno del francés.

Snopes escupió sobre una rueda.

-Estamos en tratos -dijo.

-Oh -dijo Suratt-. ¿Es que no puede darte lo que pides? -El coche seguía avanzando-. ¿Para qué quiere Eustace ese terreno? Tenía entendido que su familia tiene un buen pedazo de tierra en su condado.

-Eso he oído -dijo Snopes.

Seguían adelante. La figura de Grimm se iba acercando poco a poco.

Suratt aminoró el paso del tiro.

-Bien, si se paga por ese viejo terreno lo que vale, calculo que casi todo el mundo podría comprarlo. Ahora bien, si es alguien que lo que quiere es un lugar para asentarse, una persona que hasta ahora ha trabajado fuera de casa para ganarse la vida...

-Snopes escupió sobre la rueda-. Sí, señor -siguió Suratt-. Un tipo que quiere sencillamente, pongamos por caso, crearse un hogar. Una persona como yo. Un tipo que podría darte por él doscientos dólares. Digamos que por la casa y el huerto y el jardín.

-El polvo rojo se deslizaba en lentos rizos bajo los lentos cascos y ruedas.

Grimm estaba ya muy cerca de la puerta de la señora Littlejohn-. ¿Cuánto pedirías por esa parte del terreno?

-No tengo intención de venderlo si no es completo -dijo Snopes-. No tengo ninguna prisa por vender.

-¿No? -dijo Suratt-. ¿Y cuánto le pides a Eustace Grimm por el terreno entero?

-No le he pedido nada todavía.

Hasta ahora sólo le he escuchado.

-Bien. ¿Cuánto me pedirías a mí, por ejemplo?

-Tres mil -dijo Snopes.

-Tres, ¿Qué? -dijo Suratt. Se echó a reír golpeándose la pierna.

Siguió riéndose unos instantes-. Vaya desfachatez. Tres mil. - Siguieron adelante. Grimm había llegado a la puerta de la señora Littlejohn. Suratt dejó de reírse-. Bien, espero que los consigas. Si Eustace no puede pagarte ese precio y te ves apurado para vender, tal vez yo pueda encontrarte un comprador por trescientos dólares.

-No estoy apurado para vender -dijo Snopes-. Me bajaré aquí.

Grimm se había parado ante la puerta. Miraba hacia atrás por debajo del ala del sombrero, y los observaba con atención y disimulo.

Aquella tarde Suratt, Vernon y Henry entregaron a Snopes tres pagarés solidarios por valor de mil dólares cada uno. Vernon respondía por sí mismo. Suratt le transfería el derecho sobre la mitad del restaurante que tenía en copropiedad con su cuñado en Jefferson. Henry le transmitía una segunda hipoteca sobre la granja y una hipoteca sobre el ganado y los enseres, entre los que incluía un nuevo hornillo que su mujer había comprado con el dinero que ganaba cosiendo, y una cerca de alambre de espino, de una milla.

Llegaron a su recién adquirida propiedad poco antes de la caída del sol.

Nada más llegar vieron en el prado un carro, con el tiro aún -o ya- enganchado a los tirantes, y luego a Eustace Grimm, que apareció por una esquina de la casa y se quedó allí parado, mirándoles. Henry le ordenó que saliera del lugar. Grimm se subió al carro, y al punto los nuevos propietarios se pusieron a cavar, aunque había aún cierta claridad. Cavaron durante un rato, y al cabo se dieron cuenta de que Grimm no se había marchado todavía. Estaba en el camino, sentado en su carro, mirándoles por encima de la cerca. Henry se precipitó hacia él blandiendo la pala. Grimm, entonces, se alejó.

Vernon y Suratt también habían dejado de cavar. Vernon contempló la espalda de Grimm, que se alejaba por el camino en el lento y ruidoso carro.

-¿No es pariente de Snopes? -dijo Vernon-. ¿Pariente político o algo así?

-¿Qué? -dijo Suratt. Seguían mirando el carro, que se perdía en la oscuridad-. No lo sabía.

-Vamos -dijo Vernon-. Henry nos está sacando ventaja.

Se pusieron de nuevo a cavar.

Pronto oscureció por completo, pero podían seguir oyéndose.

Cavaron infatigablemente durante dos noches, dos breves noches de verano ininterrumpidas por intervalos diurnos de sueño irregular, sobre el suelo desnudo de la casa, donde, a mediodía, las salpicaduras desiguales de luz llegaban incluso hasta la planta baja. A la mortecina luz del amanecer del tercer día, Suratt dejó de cavar e irguió la espalda. Henry, a cierta distancia, se agachaba y se levantaba dentro de su hoyo con la regularidad de un autómatas. Estaba hundido hasta la cintura; era como si él mismo, esclavo por nacimiento de aquella tierra, se estuviera enterrando en ella, como si hubiera sido cortado por el talle y su torso muerto, sin saber que lo estaba, se agachara y levantara acompasadamente. Habían cavado ya a conciencia toda la superficie del jardín. De pie sobre la tierra fresca, Suratt miró a Henry; al poco cayó en la cuenta de que a su vez Vernon le miraba a él con ademán sereno. Suratt dejó con cuidado la pala en el suelo y se dirigió hacia Vernon. Se quedaron allí, mirándose, mientras el alba proyectaba su macilenta luz sobre sus caras demacradas. Su voz, cuando empezaron a hablar, era tranquila.

-¿Has mirado ya detenidamente esas monedas? -dijo Suratt.

Vernon no contestó inmediatamente.

Miraron a Henry, que se alzaba y desaparecía tras su pico.

-Creo que no me atrevo -dijo Vernon.

Dejó con cuidado la pala en el suelo; luego ambos se volvieron y fueron hacia la casa. La casa aún estaba oscura; encendieron el farol, sacaron los saquitos de su escondite en la chimenea y dejaron el farol en el suelo.

-Supongo que deberíamos haber comprendido que ningún saquito de tela...

-dijo Suratt.

-Ya -dijo Vernon-. Bien, ya lo has dicho; ahora deja de hablar de los saquitos.

Se pusieron en cuclillas, con el farol en medio, y abrieron los saquitos.

-Te apuesto un dólar a que te gano -dijo Suratt.

-De acuerdo -dijo Vernon.

Apartaron las monedas de la apuesta y las dejaron a un lado; luego examinaron las demás, una por una. Al cabo se miraron.

-1901 -dijo Vernon-. ¿Y tú?

-1896 -dijo Suratt-. Te he ganado.

-Sí -dijo Vernon-. Me has ganado.

Suratt cogió las monedas de la apuesta. Escondieron de nuevo los saquitos y apagaron el farol. Ahora la claridad era mayor afuera, y pudieron ver con nitidez a Henry, que cavaba en su hoyo hundido hasta los muslos.

Pronto saldría el sol; tres águilas ratoneras planeaban en las alturas, recortadas contra el cielo azul amarillento.

Henry no alzó la mirada cuando se acercaron a él.

-Henry -dijo Suratt. Henry siguió cavando-. ¿cuándo fue acuñada tu moneda más antigua? -Henry, sin vacilar, siguió cavando. Suratt fue hasta él y le tocó el hombro-. Henry -dijo.

Henry se volvió bruscamente y blandió la pala, con el canto dirigido a Suratt, y en él centelleó una línea delgada y acerada de luminosidad del alba, como en la hoja de un hacha.

-Fuera de mi hoyo -dijo-. Fuera.

## El perro

A Cotton el disparo se le antojó el ruido más ensordecedor que había oído en toda su vida. Resultaba demasiado ensordecedor para ser oído de una vez. Continuó expandiéndose a través del bosquecillo, a través del camino oscuro y apenas perceptible, hasta mucho después de que la culata de la escopeta del calibre diez le hubiera golpeado el hombro como un martillo, hasta mucho después incluso de que el caballo enloquecido girara dos veces sobre sí mismo y se lanzara al galope y empezara a perderse en la lejanía, con los estribos vacíos chocando contra la vacía silla.

Fue un ruido excesivo. Ofensivo, increíble: una escopeta que poseía desde hacía veinte años... Quedó aturdido como si hubiera sido víctima de un atropello por sorpresa, como si lo hubieran hundido en la espesura, de forma que cuando se vio en situación de hacer el segundo disparo ya era demasiado tarde y el perro también se había esfumado.

Entonces quiso correr. Ya lo había previsto. La noche anterior se había estado aleccionando a ese respecto.

"Inmediatamente después querrás correr -se había dicho-. Pero no debes correr. Tienes que terminarlo. Tienes que acabar lo que empezaste. Será duro, pero debes hacerlo. Debes sentarte entre los matorrales y cerrar los ojos y contar despacio hasta que seas capaz de terminarlo".

Y así lo hizo. Dejó la escopeta en el suelo y se sentó detrás del tronco, donde había estado apostado. Tenía cerrados los ojos. Empezó a contar despacio; siguió contando hasta que dejó de temblar, hasta que el ruido del disparo y el eco del caballo que se alejaba al galope hubieron abandonado sus oídos. Había elegido bien el lugar. Era un camino tranquilo, poco transitado; no había sido hollado en tres meses más que por el caballo que acababa de partir; un tajo corto, situado entre la casa donde vivía el propietario del caballo y el bazar de Varner; una apacible, desdibujada senda que discurría bordeando la vaguada; un lugar desierto en el que sólo estaban ellos dos: uno sentado en la maleza y el otro boca abajo en el camino.

Cotton era soltero. Vivía en una cabaña de troncos, plagada de grietas y con suelo de arcilla, situada a cuatro millas de distancia, en el borde del valle. Cuando llegó a casa había oscurecido. En el cobertizo del pozo, al fondo, sacó agua y se limpió los zapatos. No estaban más embarrados que otras veces -no los usaba más que cuando el tiempo era muy malo-, pero los limpió con sumo cuidado.

Luego limpió la escopeta, y lavó también con agua el cañón y la culata; no habría sabido explicar por qué, pues nunca había oído hablar de las huellas digitales. Inmediatamente después recogió el arma y pasó a casa y la guardó en su sitio. En el rincón de la chimenea tenía algo de leña, unos puñados de ramas calcinadas. Encendió el fuego en el hogar de arcilla y cocinó su cena y la apuró y se fue a la cama. Dormía en el suelo, sobre un edredón que hacía las veces de jergón.

Atrancó la puerta, se quitó el mono y se acostó. Cuando el fuego se extinguió era ya noche cerrada. Allí tendido en la oscuridad, no pensaba absolutamente en nada, salvo en que no esperaba dormir. No se sentía victorioso, ni vengado, ni nada. Estaba allí tendido, sencillamente, sin pensar en nada en absoluto, y siguió así incluso cuando empezó a oír al perro. Por la noche solía escuchar a los perros; eran perros que vagaban en solitario por el valle, o en jaurías que salían a la caza de gatos o mapaches. Poco más podía hacer, estando como estaba su vida, la sangre heredada y su patrimonio, centrada dentro de un radio de cinco millas en torno al bazar de Varner. Reconocía a casi todos los perros al oírlos, del mismo modo que reconocía a casi todos los hombres al escuchar su voz. Y conocía la voz de aquel perro. Aquel perro y el caballo que había partido al galope con los estribos al viento y el amo de ambos habían sido inseparables. Siempre que se veía a alguno de ellos, podía tenerse la certeza de que los otros dos no estarían lejos. Era una bestia delgada y ágil que se lanzaba salvajemente contra cualquiera que se acercara a la casa de su dueño, que poseía algo de la seguridad en sí mismo y el despotismo del amo. Aquella noche no había sido la primera vez que había intentado matar al perro, pero fue en aquel momento cuando comprendió por qué no lo había hecho. "Nunca he sabido la suerte que tengo -se dijo, tendido en su jergón-. Nunca lo he sabido. Si hubiera seguido adelante y lo hubiera matado, hubiera matado al perro..." Seguía sin sentirse victorioso.

Era demasiado pronto para sentirse orgulloso, vengado. Era demasiado pronto. Tenía que ver con la muerte.

No creía que un hombre pudiera recobrarse y recorrer aquella distancia irrevocable inmediatamente. Se había olvidado del cuerpo por completo. Siguió echado, con el cuerpo demacrado y subalimentado, vaciado por la espera, sin pensar en nada, escuchando al perro. Los aullidos llegaban a intervalos regulares; con timbre diferenciado, sin origen, con la calidad triste y pacífica y abyecta de un perro solo en la oscuridad. De pronto se encontró incorporado, erguido sobre el jergón.

"Habladurías de negros", se dijo.

Había oído que los negros (él nunca había conocido a un negro; era tal la antipatía, los celos económicos entre la gente de su clase y los negros) aseguraban que los perros aullaban ante la tumba reciente de sus amos.

"Son habladurías de negros", se repetía mientras iba poniéndose el mono y los zapatos que acababa de limpiar.

Abrió la puerta. El aullido del perro le llegaba, lúgubre y rítmico como el tañido de una campana, desde la vaguada oscura, al pie de la colina sobre la que se asentaba su cabaña. De un clavo que había detrás de la puerta colgaba enrollada la cuerda del arado; la descolgó y bajó por la ladera.

Contra el oscuro muro de la espesura parpadeaban y se agitaban las luciérnagas, y del otro lado del muro negro llegaba el croar fragoroso y rezongante de las ranas. Cuando se adentró en la maleza no podía ver ni su propia mano. En el terreno movedizo acechaban el lodo y las zarzas y las enredaderas. Con la perversidad de las cosas inanimadas, parecían saltar de la negrura y aferrarse a él con sus tentáculos puntiagudos. Del silencio impenetrable y absorto que se extendía ante él llegaba incesante el aullido del perro. De nuevo embarrado, siguió en dirección al sonido. El perro dejó de aullar. Se lanzó hacia adelante, con los dientes resecos bajo los labios secos, con las manos ciegas, como garfios, en dirección al lugar donde el sonido había cesado, hacia el débil fulgor fosforescente de los ojos del perro. Los ojos se esfumaron. Se detuvo, jadeante; se agachó con la cuerda del arado en la mano, y buscó los ojos. Con un seco susurro, maldijo al animal.

No oía nada salvo el silencio.

Se arrastró sobre pies y manos; podía saber en cada momento dónde estaba por la silueta de los árboles, que se recortaban contra el cielo. Las zarzas lo arañaban, le golpeaban en la cara; al cabo de un rato, llegó a una zanja poco profunda, plagada de hojas podridas. Avanzó, hundido hasta el tobillo, en la negrura de pez, en un lecho medio de tierra, medio de agua, protegiéndose la cara con el brazo.

Tropezó contra algo, algo blando al tacto, que al tocarlo emitió un gritito ahogado, como el de un niño. Se echó hacia atrás y oyó cómo la criatura se escabullía apresuradamente. "No es más que una zarigüeya -se dijo-.

Una simple zarigüeya".

Se limpió las manos en ambos costados para cogerlo por los hombros.

Comprobó que tenía la ropa sucia de lodo por los costados; se limpió las manos en la camisa, restregándolas contra el pecho, y lo cogió por los hombros. Echó a andar hacia atrás, arrastrándolo. De cuando en cuando se paraba y se limpiaba las manos en la camisa. Se detuvo junto a un árbol; el tronco hueco y podrido de un ciprés decapitado, de unos diez pies de altura. Se había metido la cuerda en el peto del mono. Desenrolló un extremo y lo ató alrededor del cuerpo. Se subió por el tronco; la parte de arriba estaba abierta, podrida y vaciada. Él no era tan corpulento como el cuerpo, pero consiguió ir izándolo en sucesivos tirones, aferrando la soga de forma escalonada con una y otra mano. El cuerpo arañaba y golpeaba el tronco en el

ascenso, y al fin quedó atravesado sobre el borde superior como un saco de harina semivacío. El nudo estaba ahora excesivamente prieto; sacó el cuchillo, cortó la cuerda e hizo caer el cuerpo en el tronco hueco.

No cayó muy lejos. Lo empujó hacia abajo, palpando a su alrededor con las manos para descubrir lo que impedía su caída. Ató la cuerda al nacimiento de una rama, agarró el extremo libre con las manos, se puso de pie sobre el cuerpo y empezó a saltar sobre él, hasta que de improviso cedió bajo sus pies, dejándole colgado de la cuerda.

Intentó trepar por ella; se arañó los nudillos con la fibra podrida del interior del tronco; por las ventanillas de la nariz le entraba, como si fuera rapé, un húmedo y tenue polvo de putrefacción. Oyó crujir el muñón de la rama en torno al cual había atado la cuerda, y sintió que empezaba a ceder a causa de su peso. Desde el vacío bajo sus pies saltó hacia arriba, arañando la madera podrida, y al fin logró asir el borde con una mano. La madera se desmenuzaba bajo sus dedos; siguió trepando sin cejar ni un instante y sin ganar un ápice de altura, con los labios entreabiertos sobre los dientes y los ojos dirigidos al cielo fieramente.

La madera ahora era firme, no se deshacía, y quedó colgado de las manos, resollando. Logró alzarse hasta el borde y se sentó sobre él a horcajadas. Se quedó allí unos instantes; luego se deslizó por el tronco y al llegar abajo se apoyó contra la base.

Cuando llegó a la cabaña se sintió cansado, exhausto. Jamás había sentido la fatiga. Se detuvo en la puerta.

A lo largo de la oscura franja de árboles seguían rebullendo las luciérnagas, y llegaba el croar fragoroso y rezongante de las ranas y el ulular de los búhos. "Nunca me he sentido tan cansado -se dijo apoyándose contra la cabaña, cuyas paredes había levantado tronco a tronco-. Es como si todo se me hubiera ido de las manos. Tener que trepar por ese tronco; el ruido que hizo el disparo. Como si yo fuera otra persona sin saberlo, y estuviera sin saberlo en un lugar donde los ruidos fueran más fuertes, donde el trepar fuera más duro". Se acostó. Se quitó los zapatos enlodados, el mono, y se echó en el jergón. Era ya tarde.

Lo sabía por la estrella estival que aparecía, a las dos de la madrugada o más tarde, en el cuadrado de la ventana.

Entonces, como si hubiera estado esperando a que se acomodara en el lecho, el perro empezó a aullar. Tendido en medio de la oscuridad, oyó el primer aullido que -profundo, con timbre definido, lúgubre- llegaba del fondo del valle.



En el bazar de Varner había cinco hombres vestidos con mono de trabajo sentados contra la pared. Y Cotton era el sexto. Estaba sentado sobre el escalón superior, con la espalda apoyada contra el carcomido poste que sostenía la marquesina de madera del porche. El séptimo hombre ocupaba una silla individual de tablillas, era un hombre gordo, de ademanes lentos, con pantalones de algodón grueso y camisa blanca sin cuello, que fumaba una pipa de mazorca de maíz. Rebasaba ya la edad mediana. Era el sheriff del condado. Hablaban de un hombre llamado Houston.

-No tenía ningún motivo para huir de aquí -dijo uno de ellos-. Para desaparecer. Para mandar a su caballo a casa con la silla vacía. No tenía motivos. Siendo propietario de sus tierras, de su casa. Recogiendo una buena cosecha cada año. Estaba en tan buena posición como el que más en el condado. Siendo soltero, además. No tenía motivos para desaparecer. Tenedlo en cuenta. No se marcharía así como así. No sé lo que habrá pasado, pero Houston nunca huiría de aquí.

-No sé -dijo otro-. Nunca se sabe lo que un hombre tiene en la cabeza.

Houston podía tener una razón que no conocemos para hacer creer que le ha pasado algo. Para marcharse, para esfumarse de la región de modo que creyeran que le había ocurrido algo. Ya se ha hecho otras veces. Ha habido tipos con motivos para largarse a Texas con el nombre cambiado.

Cotton estaba sentado en posición algo más baja que los otros, con la cara inclinada bajo el gastado y sucio y raído sombrero. Tallaba un trozo de madera de pino.

-Pero no hay tipo que pueda desaparecer sin dejar rastro -dijo un tercero-. ¿No es cierto, sheriff?

-Bueno, no sé -dijo el sheriff.

Se quitó la pipa de maíz de la boca y escupió limpiamente por encima del porche, sobre el polvo de abajo-. Nadie sabe lo que puede hacer un hombre cuando lo apuran. Lo único que puede decirse es que hará siempre algo que nadie hubiera imaginado. Algo con lo que nadie hubiera contado. Pero si se logra descubrir qué es lo que lo apura, será bastante fácil adivinar lo que hará.

-Houston era lo bastante inteligente como para hacer cualquier cosa que se propusiera -dijo el segundo contertulio-. Si hubiera querido desaparecer, creo que nos hubiera dejado sabiendo lo que sabemos ahora.

-¿Y qué sabemos ahora? -dijo el tercero.

-Nada -dijo el segundo.

-No hay duda -dijo el primero-.

Houston era un hombre reservado.

-No era el único hombre reservado de estos contornos -dijo otro.

A Cotton el comentario le resultó sorprendente, pues hasta entonces el cuarto contertulio no había dicho una palabra. Siguió sentado, apoyado contra el poste, con el sombrero inclinado hacia adelante de forma que le ocultaba la cara, convencido de que podía sentir los ojos de los otros.

Miró la astilla que iba desprendiendo lenta y suavemente de la madera la hoja gastada de su cuchillo. "Tengo que decir algo", se dijo a sí mismo.

-No era más inteligente que cualquiera -dijo. Entonces deseó no haber hablado. Podía ver los pies de los otros bajo el ala del sombrero. Siguió desbastando la madera, mirando el cuchillo, las continuas astillas.

"Tengo que cortar con suavidad -se dijo-. No vaya a ser que el palo se me rompa". Y de pronto se vio hablando; podía oír su propia voz -: Pavoneándose por ahí como si fuera el tipo más grande del condado. Azuzando a ese perro contra el ganado de la gente.

Estaba convencido de que podía sentir los ojos de los otros; miraba aquellos pies, miraba la astilla delgada y suave que se desprendía sin prisa bajo la hoja del cuchillo. De pronto pensó en la escopeta, en el estampido ensordecedor, en la hiriente sacudida. "Puede que tenga que matarlos a todos -se dijo; él, un hombre en mono raído, con la cara demacrada y los ojos sin brillo de un enfermo, tallando un trozo de madera con la delgada mano y pensando en matar a aquellos hombres-. No exactamente a ellos, sino a las palabras, a toda aquella charla". Pero la charla, la entonación, los gestos le resultaban familiares. Tan familiares como el propio Houston. Conocía a Houston de toda la vida: aquel próspero y despótico individuo.

-Con un perro -dijo, mientras miraba el cuchillo, que retrocedía y mordía la madera y levantaba otra astilla-, con un perro que come mejor que yo. Yo trabajo, y como peor que ese perro. Si yo fuera su perro, tendría que... Estamos muchos mejor sin ese tipo -concluyó con brusquedad.

Podía sentir sus ojos serios, atentos.

-Houston siempre sacó de quicio a Ernest -dijo el primer contertulio.

-Se aprovechaba de mí -dijo Cotton, mirando el certero cuchillo-.

Se aprovechaba de todo lo que podía.

-Era un hombre despótico -dijo el sheriff.

Cotton estaba seguro de que, detrás de sus apasionadas voces, seguían mirándole.

-Sí, pero inteligente -dijo el tercero.

-Pero no lo bastante inteligente como para ganarle el pleito a Ernest a propósito de aquel cerdo.

-Tienes razón. ¿Cuánto sacó Ernest de aquel pleito? Nunca nos lo ha dicho, ¿no?

Cotton estaba convencido de que todos sabían cuánto le había reportado el juicio. El cerdo, cierto octubre, había entrado en su terreno. Lo encerró en su corral y trató de averiguar a quién pertenecía. Como nadie lo reclamó, lo alimentó con su maíz durante todo el invierno. A la primavera siguiente Houston reclamó el cerdo. Pleitearon. La sentencia adjudicó el cerdo a Houston, pero le obligaba a pagar cierta suma por la alimentación del animal durante el invierno, y un dólar más en concepto de albergue en el corral de Cotton.

-Creo que eso es asunto de Ernest -dijo al cabo de un rato el sheriff.

Cotton se vio de nuevo hablando, cediendo al impulso de hablar.

-Fue un dólar -dijo, mirando sus nudillos, que emblanquecían en torno al mango del cuchillo-. Un dólar.

-Trataba de hacer que sus labios dejaran de hablar-. Después de todo lo que he tenido que soportar de él...

Los jurados hacen cosas muy raras -dijo el sheriff- cuando se trata de asuntos de poca monta. Pero en los importantes suelen decidir correctamente.

Cotton siguió tallando, ininterrumpida y concienzudamente. "Al principio querrás correr -se dijo-. Pero tendrá que llegar hasta el final.

Contarás hasta cien, si es necesario, pero habrás de llegar hasta el final".

-Anoche volví a oír al perro -dijo el tercero.

-¿Sí? -dijo el sheriff.

-No ha estado en casa desde que el caballo volvió con la silla vacía -dijo el primero.

-Estará por ahí cazando -dijo el sheriff. Volverá cuando tenga hambre.

Cotton siguió manejando el cuchillo. No se movió.

-Los negros afirman que los perros siguen aullando hasta que se encuentra el cuerpo -dijo el segundo.

-Eso he oído -dijo el sheriff.

Al rato llegó un coche, y el sheriff montó en él. Conducía un policía.

-Llegaremos tarde a cenar -dijo el sheriff.

El coche remontó la colina; el ruido se perdió a lo lejos. Pronto caería el sol.

-No parece que se preocupe mucho -dijo el tercero.

-¿Por qué habría de preocuparse?

-dijo el primero-. ¿es que un hombre no puede marcharse de casa y salir de viaje sin contárselo a todo el mundo?

-Pero lo lógico habría sido que desensillase la yegua -dijo el segundo-. Además, al perro le ocurre algo.

No ha vuelto a casa desde entonces, y no está normal. Lo he estado oyendo noche tras noche. No está normal.

Aúlla. No ha estado en casa desde el martes. Y fue el martes cuando Houston salió de aquí montado en su yegua.

Cotton fue el último que dejó el bazar. Cuando llegó a casa era ya noche cerrada. Comió un poco de pan frío y cargó la escopeta y se sentó al lado de la puerta abierta hasta que el perro empezó a aullar. Entonces bajó por la ladera y se internó en lo hondo del valle.

Avanzó en dirección a los aullidos; al cabo de un rato dejó de oírlos, y entonces vio los ojos. Ahora estaban inmóviles; al fulgor rojo del estampido vio el cuerpo entero de la bestia en nítido relieve. Lo vio en el instante de saltar y hundirse en el amasijo de la negrura que siguió al disparo; oyó el golpe sordo de su cuerpo contra el suelo. Pero no pudo encontrarlo. Lo buscó afanosamente, rastreando el terreno de un lado para otro, parándose para escuchar. Pero había visto cómo el disparo lo alcanzaba y lo lanzaba hacia atrás; se desvió unas cien yardas en medio de la negrura de pez y fue a dar a una ciénaga. Arrojó dentro la escopeta; oyó el perezoso chapoteo y contempló cómo se quebraba y rehacía el agua imprecisa, hasta que la última onda se hubo desvanecido. Se fue a su casa y se acostó en su jergón.

No se durmió, sin embargo, aunque sabía que no volvería a oír al perro.

"Está muerto -se dijo, tendido en su edredón en la oscuridad-. He visto cómo lo tumbaba el proyectil. He podido calcular el disparo. El perro está muerto". Pero siguió sin dormir.

No necesitaba dormir; no se sentía cansado o decaído por las mañanas.

Sabía, sin embargo, que aquello no era a causa del perro. Sabía que no volvería a oír al perro, y que el dormir no tenía nada que ver con el animal. De modo que dio en pasarse las noches en la puerta, sentado en una silla, mirando las luciérnagas y escuchando a las ranas y los búhos.

Entró en el bazar de Varner. Era media tarde. El porche, a excepción de Snopes, el dependiente, estaba vacío.

-Hace dos o tres días que te ando buscando -dijo Snopes-. Ven adentro.

Cotton entró. El bazar olía a queso y a cuero y a tierra fresca. Snopes pasó al otro lado del mostrador y sacó de debajo una escopeta. Estaba recubierta de lodo seco.

-Es tuya, ¿no es cierto? -dijo Snopes-. Vernon Tull dijo que era tuya. Un cazador de ardillas negro la encontró en una ciénaga.

Cotton se acercó al mostrador y miró la escopeta. No la tocó; se limitó a mirarla.

-No es mía -dijo.

-Por aquí no hay nadie más que tú que tenga una vieja Hadley del calibre diez -dijo Snopes-. Tull dice que es tuya.

-No es mía -dijo Cotton-. Tengo una igual. Pero la mía está en casa.

Snopes levantó el arma. Miró la recámara.

-Tenía un cartucho vacío y otro lleno -dijo-. ¿De quién crees que es?

-No lo sé -dijo Cotton-. La mía la tengo en casa.

Había ido a comprar comida. Hizo la compra: galletas, queso, una lata de sardinas. Cuando llegó a casa aún no había anochecido, pero abrió la lata de sardinas y se preparó la cena.

Al acostarse ni siquiera se quitó el mono. Era como si esperara algo, como si se quedara vestido para poder levantarse y salir inmediatamente.

Mientras seguía esperando lo que fuese, la ventana se volvió gris y luego amarilla y luego azul. Entonces, encuadrado en el marco de la ventana, vio en la fresca mañana un punto que planeaba en las alturas. Para cuando salió el sol eran ya tres, y más tarde fueron siete. Durante todo el día los vio agruparse, girando una y otra vez, describiendo negros círculos concéntricos, contemplando a los que, a menor altura que ellos, descendían en espiral y desaparecían bajo los árboles. Pensó que se trataba del perro.

"Para mediodía habrán acabado -se dijo-. No era un perro muy grande".

Pero al llegar el mediodía aún no se habían marchado; había incluso más, y los que estaban más abajo seguían dejándose caer gradualmente y desaparecían bajo los árboles. Los siguió observando hasta el anochecer, hasta que se alejaron, aleteando y elevándose perezosamente y uno a uno de allende los árboles. "Tengo que comer -se dijo-. Para lo que tengo que hacer esta noche es necesario que coma".

Fue hasta el hogar y se arrodilló y cogió un madero de pino; estaba allí arrodillado, tratando de encender el fuego con una cerilla, cuando volvió a oír al perro: el hondo aullido, el timbre inconfundible, la tristeza.

Preparó la cena y cenó.

Con el hacha en la mano cruzo su exiguo maizal. Podía haberse guiado por los aullidos del perro, pero no necesitó hacerlo. Antes de entrar de lleno en el fondo del valle estaba ya persuadido de que lo que le guiaba era el instinto. El perro seguía aullando. Pero no le prestó atención, y al fin la bestia lo sintió acercarse y calló, como en su anterior encuentro.

Vio, como entonces, sus ojos, pero tampoco les prestó atención alguna.

Fue hasta el tronco hueco del ciprés y blandió el hacha y hundió la hoja hasta el mango en la madera podrida.

Estaba tirando del hacha cuando de la oscuridad a su espalda surgió silencioso, salvajemente algo que le golpeó con violencia. Acababa de desprender el hacha del tronco; cayó con ella en la mano, sintió el hedor caliente del aliento del perro en la cara, oyó el chasquido de sus dientes al derribarlo con la mano libre. El animal volvió a saltar; vio de nuevo sus ojos. De rodillas, con el hacha en alto entre ambas manos, lanzó un golpe, pero no hendió sino el vacío. Vio los ojos del perro agazapado. Se abalanzó hacia ellos, pero se habían esfumado.

Esperó unos instantes; no oyó nada.

Volvió al árbol.

Al primer golpe de hacha, el perro volvió a saltarle encima. Estaba esperándolo: giró sobre sí mismo y lanzó el golpe a los dos ojos. El hacha se hundió en algo compacto y se le escapó de las manos. Oyó al perro gemir, oyó cómo se alejaba arrastrándose. Apoyándose sobre manos y pies, palpó el suelo a su alrededor hasta que encontró el hacha.

Empezó a golpear con el hacha la base del tronco, y entre hachazo y hachazo se paraba a escuchar. No oyó nada; no vio nada. Arriba, las estrellas desfilaban lentamente, y vio la que miraba dentro de su ventana a las dos de la madrugada. Empezó a lanzar hachazos sin descanso contra la base del tronco.

La madera estaba podrida; el hacha, a cada impacto, se hundía hasta el mango, como si mordiera arena o barro.

De pronto, Cotton supo que lo que olía no era fruto de su imaginación.

Dejó caer el hacha al suelo y empezó a desgarrar la madera podrida con las manos. El perro estaba a su lado, gimiendo; no se dio cuenta de su presencia, ni siquiera cuando el animal, apretándose contra él y aullando, metió la cabeza en el agujero.

-Fuera de aquí -dijo, aún sin conciencia cabal de que se tratara del perro.

Tiró del cuerpo, y lo sintió flácido sobre su armazón de huesos, como si fuera un cuerpo con más corpulencia de la debida. Apartó la cara; sus dientes brillaron, su respiración era furiosa y mortificada y contenida.

Sintió cómo el perro se encrespaba contra sus piernas, cómo metía la cabeza en el agujero, aullando.

Una vez el cuerpo fuera, Cotton retrocedió. Se tendió de espaldas sobre la tierra mojada y miró hacia el cielo y contempló un pálido retazo lleno de estrellas. "Nunca he estado tan cansado", se dijo. El perro aullaba con una abyecta obstinación.

-Cierra la boca -dijo Cotton-.

Calla. Calla.

El perro no calló. "Pronto será de día -se dijo-. Tengo que levantarme".

Se puso en pie y lanzó una patada al perro. El animal se apartó, pero cuando Cotton se agachó y agarró el cuerpo por los pies y empezó a retroceder, lo sintió de nuevo a su lado gimiendo entre dientes. Cuando se paraba a descansar, volvía a oír el aullido. Le lanzó otro puntapié. Entonces comenzaba a despuntar el día, y los árboles emergían espectrales y vastos del miasma oscuro. Pudo ver

con nitidez al perro: demacrado y enjuto, con un largo tajo ensangrentado surcándole la cara: "Tendré que deshacerme de ti", se dijo. Se agachó, mientras miraba al perro, y cogió un palo del suelo. Era un palo podrido, lleno de lodo. Lo asió con fuerza, y cuando el perro alzó el hocico para aullar, asestó el golpe.

El animal se revolvió; una cicatriz larga y reciente le surcaba el lomo, desde la parte alta hasta el ijar.

Sin emitir sonido alguno saltó sobre Cotton, que golpeó de nuevo. El palo alcanzó limpiamente al perro entre los ojos. Cotton cogió el cuerpo por las patas y trató de correr.

Casi había amanecido. Cuando se abrió paso entre la espesura que se alzaba en la orilla del río, no pudo ver el cauce; alcanzó a ver tan sólo una larga franja de algo parecido a una guata de algodón, aunque podía oír como discurría el agua debajo de ella, en alguna parte. En el lugar había una suerte de frescura; los bordes de la niebla formaban rizadas lenguas.

Se agachó y levantó el cuerpo y lo arrojó sobre el lecho de la neblina.

En el instante en que lo veía desaparecer reparó en ello; eran tres, y no cuatro, los miembros que se hundían con indolencia bajo la niebla, y entonces comprendió por qué había sido tan difícil sacar el cuerpo del tronco hueco. "Tendré que hacer otro viaje", se dijo. Entonces oyó a su espalda un trote apresurado, y, antes de que tuviera tiempo para volverse, el perro se le vino encima y lo derribó. Pero el animal no se detuvo; Cotton, de espaldas en el suelo, lo vio surcar el aire, como un pájaro, y desaparecer en la niebla lanzando un grito ahogado, breve, único.

Se puso en pie y corrió. Tropezó, se levantó, siguió corriendo. Era ya pleno día. Vio el tronco, el negro agujero que había abierto en él; tras él podía oír las patas suaves y veloces del perro. Cuando se le echó de nuevo encima, Cotton volvió a tropezar y cayó al suelo y lo vio en el aire, sobre él, con los ojos como dos brasas de cigarro; antes de que pudiera levantarse, vio cómo se volvía y saltaba sobre él de nuevo. Lo golpeó en la cara con las manos desnudas y echó a correr. Llegaron al árbol a un tiempo. El perro se le echó encima de nuevo; él se asomó al interior del tronco y palpó violentamente con los brazos extendidos en busca del miembro, en cuya falta no había reparado hasta que arrojó el cuerpo a la niebla, y sintió cómo el perro se encrespaba entre sus piernas. Al poco el perro desapareció. Y una voz dijo: -Ya lo tenemos. Puedes salir, Ernest.

La capital del condado estaba a catorce millas. Viajaban en un Ford destartado. Cotton y el sheriff iban en el asiento trasero, unidos



por las esposas. Habían tenido que recorrer dos millas para llegar a la carretera principal. Hacía calor; eran las diez de la mañana.

-¿Quieres que nos cambiemos el sitio para que no te dé el sol? -dijo el sheriff.

-Estoy bien -dijo Cotton.

A las dos tuvieron un pinchazo.

Cotton y el sheriff se sentaron bajo un árbol; el conductor y el oficial de policía atravesaron un campo y regresaron con algo de comida fría y una jarra de cristal de leche desnatada.

Comieron, repararon el pinchazo y siguieron adelante.

A tres o cuatro millas de la ciudad empezaron a cruzarse con carros y automóviles que volvían a casa después de un día de mercado; los tiros de los carros avanzaban pesadamente rumbo al hogar, en medio de la polvareda inevitable que levantaban a su paso. El sheriff dirigiéndoles con el rollizo brazo un gesto idéntico para todos ellos, los iba saludando.

-Bueno; para la hora de la cena, en casa -dijo-. ¿Qué te pasa, Ernest? ¿Te sientes mal? Eh, Joe: para un momento.

-Sacaré la cabeza -dijo Cotton-.

No se preocupe.

El coche prosiguió su marcha. Cotton sacó la cabeza entre los brazos en V del armazón de la capota. El sheriff alargó la mano para que pudiera moverse.

-Sigán -dijo Cotton-. Me pondré bien en seguida.

El coche siguió adelante. Cotton dejó que su cuerpo resbalara un poco en el asiento. Moviéndolo ligeramente la cabeza logró encajar la garganta en el vértice de la V de hierro, cuyos brazos le atenazaron las mandíbulas por debajo de las orejas. Desplazó de nuevo el cuerpo hasta que la cabeza quedó apresada con fuerza en aquella suerte de cepo, y entonces alzó las piernas, las hizo colgar por encima de la puerta y dejó que el peso de su cuerpo cayera bruscamente y tirara de su cuello aprisionado. Oyó sus vértebras; sintió una especie de rabia ante su propia dureza; luego se debatió contra la sacudida de las esposas, contra las manos que se le echaron encima.

Yacía de espaldas al lado de la carretera; tenía agua sobre la cara y en la boca, pero no podía tragar. No podía hablar; trataba de maldecir, pero maldecía sin voz. Luego estaba otra vez en el coche, sobre la lisa calle donde los niños, con ropas diminutas y vistosas, jugaban en grandes y umbrosos patios; donde hombres y mujeres caminaban hacia casa para la cena, hacia los platos llenos y las tazas de café que apurarían en el largo crepúsculo estival.

Trajeron a un médico para que lo viera en la celda. Cuando el médico se hubo ido, pudo oler la cena que se estaba cocinando en alguna parte: jamón y pan caliente y café. Estaba tendido en un catre; los últimos rayos cobrizos de sol se deslizaban por un estrecho ventanuco y moteaban los barrotes de la pared situada encima de su cabeza. Su celda estaba cerca de la celda común, ocupada por los reclusos de poca monta, encarcelados por delitos menores o para disfrutar de tres comidas al día. Las escaleras que ascendían de la planta baja daban a la celda común, ocupada a la sazón por un grupo de negros de la cuerda de presos que reparaba las calles, en la cárcel por vagancia o por vender pequeñas cantidades de whisky o por organizar partidas de dados de diez o quince centavos. Uno de los negros estaba en la ventana que daba a la calle, y gritaba a alguien. Los otros charlaban entre sí, con voces sonoras y susurrantes, melodiosas y monocordes. Cotton se levantó, fue a la puerta de su celda, se agarró a los barrotes y miró a los negros.

-Fue... -dijo. Su voz no lograba emitir sonidos. Se llevó la mano a la garganta; lanzó un graznido seco; los negros, entonces, dejaron de hablar y lo miraron con vivaces ojos-. Fue todo de perlas -dijo- hasta que empezó a salirme todo mal. Podía haber dado cuenta de aquel perro. -Se agarró la garganta; su voz sonaba áspera, seca, como un graznido-. Pero todo empezó a salirme mal...

-¿De quién hablas? -dijo uno de los negros. Lo miraban intercambiando susurros con los globos de los ojos blancos en la penumbra del crepúsculo.

-Todo habría salido bien -dijo Cotton-, pero empezó a desmoronarse...

-Cállate, blanco -dijo uno de los negros-. Deja de contarnos idioteces.

-Todo habría salido bien... -dijo Cotton con voz áspera, susurrante.

Entonces la voz volvió a fallarle por completo. Se agarró a los barrotes con una mano, y la garganta con la otra, mientras los negros lo miraban y se apretaban unos contra otros, con los ojos blancos y circunspectos. Entonces se volvieron todos a un tiempo y cruzaron apresuradamente la celda en dirección a la escalera. Oyó unos pasos lentos, olió la comida; se pegó a los barrotes, tratando de ver la escalera.

-¿Es que piensan dar de comer a esos negros antes que a un hombre blanco? -dijo, mientras aspiraba el olor del jamón y del café.

I

Sí, señor. Flem Snopes ha llenado el país entero de caballos manchados.

Puedes oír cómo los persiguen por ahí día y noche, dando grandes voces, y los caballos corriendo a veces de un lado a otro de los pequeños puentes de madera, como si llevaran el diablo dentro. Aquella mañana iba yo sentado en el coche, adormilado; el tiro caminaba sin prisa, ya muy cerca de mitad de camino de la ciudad, cuando de repente algo saltó de los matorrales y cruzó limpiamente el camino, sin tocar el suelo con los cascos. Pasó por encima de mi tiro; grande como un cartel, cruzó el aire como un halcón.

Tardé media hora en hacer parar al tiro, desenredar los arreos y el coche y volverlos a poner como es debido.

Ese Flem Snopes... Que me aspen si no es un caso. Una mañana, hace unos diez años, estaban los muchachos sentándose en el porche de Varner, para charlar y fumar un poco, cuando aparece Flem, de detrás del mostrador, con el pelo todo desordenado y sin chaqueta, como si llevara trabajando para Varner diez años sin parar. Todo el mundo lo conocía. Había muchos Snopes viviendo a unas cinco millas valle abajo. Al menos aquel año. Trabajaban como aparceros. Nunca se quedaban en ningún sitio más de un año. Entonces se marchaban a otra parte, con el chiquillo o los gemelos de la camada de aquel año. Una auténtica prole. Pero Flem, no. Los demás no eran más que arrendatarios, cambiaban de sitio cada año, pero ahí tenemos a Flem saliendo un día del mostrador del bazar de Jody Varner como si fuera el mismo dueño. Y no pasarían uno o dos años sin que la gente supiera que, de quedarse él y Jody diez años más en el negocio, Jody acabaría por trabajar como dependiente para Flem Snopes. Vaya que sí; el tipo era capaz de sacar cinco centavos de donde sólo había cuatro. Me timó en dos tratos que hicimos -a mí-, y a alguien que es capaz de hacer eso sólo le deseo que se haga rico antes que yo. Y no hay nada más que hablar.

De acuerdo. Ahí tenemos a Flem, trabajando en el bazar de Varner, sacando cinco centavos de aquí y de allá y no diciéndoselo a nadie. No, señor.

La gente nunca se enteraba de los timos de Flem, a menos que el propio perjudicado lo contara. Solía sentarse en la silla de la tienda, mascando tabaco y guardando sus asuntos para sus adentros, hasta que al cabo de una semana nos enterábamos de que lo que había estado guardado para sus adentros eran los asuntos de algún otro individuo (eso, claro, siempre que el individuo en cuestión a quien había timado estuviera lo bastante furioso como para contarlo). Así es Flem.

Calculábamos que en diez años lograría hacerse con todo lo que poseía Jody Varner. Pero no esperó ni siquiera esos diez años. Creo que todo el mundo conoce a la chica del tío Billy Varner, la más joven: Eula.

La hermana de Jody. Cuando llegaba el domingo, podían verse atados a la cerca de Billy Varner todos los coches con ruedas amarillas, todos los caballos de silla almohazados que había en la región, y, sentados en el porche, zumbando alrededor de Eula como abejas alrededor de un tarro de miel, sus dueños, todos ellos jóvenes varones. Eula era una de esas chicas grandes y de aspecto suave que son capaces de reírse sin ton ni son hasta reventar. Los jóvenes varones se marchaban todos a un tiempo, ninguno de ellos antes que otro, de modo que se quedaban sentados en el porche hasta la hora de volver a casa. Algunos de ellos tenían que recorrer nueve o diez millas, y levantarse por la mañana temprano para trabajar en el campo.

Así que se marchaban juntos y cabalgaban en grupo hasta el vado del arroyo, donde ataban coches con ruedas amarillas y caballos almohazados y se bajaban y peleaban unos contra otros.

Luego montaban y se volvían a casa.

Bien, un día -hace más o menos un año- uno de aquellos coches con ruedas amarillas y uno de aquellos caballos almohazados abandonaron la región.

Oímos que se dirigían hacia Texas.

Al día siguiente, tío Billy y Eula y Flem fueron a la ciudad en el carruaje de tío Billy, y cuando volvieron Flem y Eula estaban casados. Al día siguiente oímos que habían dejado la región otros dos coches con ruedas amarillas. Tal vez también fueron camino de Texas. Texas es un lugar muy grande.

Sea como fuere, Flem y Eula, aproximadamente un mes después de la boda, se fueron también a Texas. Estuvieron allí cerca de un año. Un día, el mes pasado, Eula volvió con un niño. Echamos las cuentas y llegamos a la conclusión de que era el bebé de tres meses más crecido que habíamos visto en la vida. Hasta era capaz de subirse en una silla. Imagino que Texas, siendo un lugar tan grande, hace hombres grandes muy de prisa.

Bueno, si la cosa sigue así, el chico mascarará tabaco e irá a votar a la edad de ocho años.

El viernes pasado apareció Flem en persona. Llegó con otro tipo en un carro. El tipo llevaba uno de esos sombreros altos de ala ancha y una pistola con cachas de marfil y una caja de galletitas de jengibre que le sobresalía del bolsillo trasero del pantalón. Atados al tablón de atrás del carro y sujetos uno a otro con alambre de espino, iban como una docena de esos poneys de Texas. Salpicados con pintas de colores, como los loros, avanzaban pacíficos como palomas,

pero cualquiera de ellos podría matar a un hombre con la rapidez de una serpiente de cascabel. No había ni uno con los dos ojos del mismo color, y para mí que ninguno había visto una brida en toda su vida. Cuando el hombre de Texas se bajó del carro y se acercó a los animales para mostrar lo dóciles que eran, uno de ellos le lanzó una dentellada y se llevó un trozo del chaleco, con la misma limpieza que si hubiera sido un tajo de una navaja de afeitar.

Flem se había esfumado ya; imagino que se fue a ver a su mujer, y a ver si a lo mejor el crío se había bajado al campo a ayudar con el arado a tío Billy. Fue el hombre de Texas quien llevó a los caballos al corral de la señora Littlejohn. Al principio, cuando llegaron a la puerta, hubo algún pequeño problema, porque aquellos animales no habían visto una cerca en su vida, y luego, cuando por fin logró el tejano meterlos dentro y desatarlos cortando el alambre y hacerlos entrar en el establo y echar algo de salvado en el pesebre, los condenados por poco tiran abajo el establo. Debieron de pensar que aquellas cascarillas eran bichos. El tejano los dejó allí en el corral y anunció que la subasta empezaría al día siguiente a la salida del sol.

Aquella noche nos sentamos en el porche de la señora Littlejohn. Recordaréis que había luna casi llena; pues bien, podíamos ver a aquellos bichos manchados yendo arriba y abajo de la cerca, de un lado a otro del corral, como pececillos en un estanque. Luego, se agrupaban de cuando en cuando junto al establo y se tomaban un descanso que consistía en morderse y cocearse unos a otros. Oíamos un chillido, y entonces un puñado de cascos golpeaban, ¡bam!, contra el establo, como una pistola. Era como si un tipo con una pistola se estuviera despachando a su gusto en una madriguera de gatos monteses.

## II

Nadie sabía todavía si Flem era el propietario de aquellas bestias o no.

Sólo sabían una cosa: que no iban a saber con seguridad nunca si Flem lo era o no, y que ni siquiera sabrían si se había subido al carro en las afueras de la ciudad para que el tejano le llevara hasta allí. Ni Eck Snopes lo sabía. Eck, que era primo de Flem. Pero a nadie le sorprendía que Eck tampoco lo supiera. Sabíamos que Flem era capaz de desplumar a su propio primo tan elegantemente como a cualquiera de nosotros.

Al día siguiente, a la salida del sol, allí estaba la gente; algunos habían recorrido doce y dieciséis millas, con el dinero de las simientes en saquitos de tabaco que llevaban guardados en el mono, y

esperaban de pie al lado de la cerca cuando apareció el tejano. Salió de casa de la señora Littlejohn después del desayuno y se encaramó al poste de la puerta del corral; del bolsillo trasero del pantalón le sobresalía la culata blanca de la pistola. Se sacó del bolsillo una caja nueva de galletitas de jengibre, la mordió por un extremo, como si se tratara de un cigarro, escupió el trozo de papel y dijo que la subasta estaba abierta. La gente seguía llegando en carros y en caballos y en mulas; ataban los animales al otro lado del camino y se acercaban a la cerca. No se veía a Flem por ninguna parte.

Pero el tejano no lograba que empezaran a pujar. Se puso a trabajar a Eck, pues Eck le había ayudado la noche anterior a meterlos en el establo y a darles el salvado. Eck se había librado en el último momento. Salió del establo despedido, como una astilla en la cresta de la tromba de agua al reventar una presa, y se subió al carro por los pelos.

Estaba trabajando a Eck, pues, cuando llegó Henry Armstid en su carro. Eck decía que le daba miedo pujar por uno de ellos, pues a lo peor lo conseguía, y el tejano decía: "¿Esos poneys? ¿Esos caballitos?"; entonces se bajó de la puerta y se acercó a los caballos. Los animales se echaron a correr, y el tejano salió detrás de ellos, llamándolos con una especie de gorjeo, con la mano extendida como para cazar una mosca, y al fin logró arrinconar a tres o cuatro.

Entonces se lanzó sobre ellos de un salto, y ya no pudimos ver nada en un buen rato a causa de la polvareda.

Era una nube enorme, y aquellas cosas manchadas de ojos fulgurantes surgieron de ella con un brinco de veinte pies y en unas cuarenta direcciones diferentes. Luego el polvo se disipó y allí estaban ellos dos, el tejano y el caballo. El tejano tenía la cabeza vuelta por completo, como un búho. El caballo, con las patas cruzadas, temblaba como una novia y rezongaba como una sierra mecánica; el tejano tiraba de él, obligándole a torcer la cabeza hacia atrás, como si olisqueara el cielo. "Echadle una ojeada", decía el tejano, hincando los talones, con aquella pistola blanca sobresaliéndole del bolsillo y el cuello alargado como una serpiente en posición de ataque.

Por fin logramos entender lo que decía; maldecía al caballo y nos hablaba al mismo tiempo. "Miradle: el cabeza de chorlito, hijo de catorce padres.

Probadlo, compradlo; os llevaréis el mejor..." Entonces el aire se llenó de polvo de nuevo, y no pudimos ver nada más que la piel manchada y las crines, y los tacones de las botas del tejano colgados de los estribos como dos nueces, y al rato el sombrero alto de ala ancha, que salió por el aire como una gallina gorda y vieja por encima de una cerca.

Cuando el polvo se disipó otra vez, el tipo estaba saliendo de un rincón al fondo de la cerca, sacudiéndose.

Se acercó y recogió el sombrero y lo sacudió; llegó hasta la puerta y volvió a encaramarse al poste; respiraba pesadamente. Se sacó del bolsillo la caja de galletas de jengibre, respirando pesadamente. El cabeza de chorlito seguía dando vueltas y vueltas al corral como un tiovivo en una feria.

Y entonces fue cuando Henry Armstid, con el mono lleno de remiendos y una de aquellas camisas suyas de brazos bamboleantes, se abrió paso a codazos y se acercó a la puerta de la cerca. Nadie había reparado en él hasta entonces. El tejano y los caballos acaparaban nuestra atención.

Hasta la señora Littlejohn estaba atenta. Había salido al patio trasero y encendido un fuego debajo del caldero de lavar; se quedaba un rato delante de la cerca, volvía a entrar en casa y salía de nuevo con un montón de ropa para la colada sobre el brazo y se quedaba otro poco de pie junto a la cerca. Bien, allí venía Henry a codazos, y la señora Armstid justo a su espalda, con aquella bata descolorida y el sombrero y los zapatos de lona.

-Vuélvete al carro -dijo Henry.

-Henry -dijo ella.

-Venga, muchachos -dijo el tejano-. Haced sitio para que la señora se acerque y vea. Acércate, Henry.

Aquí tienes la oportunidad de comprar el caballo de silla que la señora ha estado deseando. ¿Qué te parecen diez dólares, Henry?

-Henry -dijo la señora Armstid.

Puso la mano sobre el brazo de Henry. Henry se la sacudió de encima.

-Vuelve al carro como te dije -dijo.

La señora Armstid no se movió. Se quedó detrás de Henry, con las manos juntas dentro del vestido, sin mirar a ninguna parte.

-No quiere oír hablar de otra cosa que de comprar uno de esos animales -dijo-. Nosotros, que no tenemos ni cinco dólares a parte de la casa miserable... No quiere oír hablar de otra cosa...

Era muy cierto. Del lugar donde vivían apenas sacaban para ir tirando; tenían cuatro hijos, y hasta la ropa que llevaban se la tenía que costear ella tejiendo por la noche a la luz de la lumbre, mientras Henry dormía.

-Cierra el pico y vuelve al carro -dijo Henry-. ¿Quieres que te mida los huesos con una estaca aquí en medio del camino principal?

Bien, el tejano le dirigió una mirada a la señora Armstid. Luego volvió de nuevo a Eck, como si Henry no estuviera allí delante. Pero Eck estaba asustado.

-Puedo conseguir una tortuga mordedora o una serpiente mocasín de agua sin pagar un solo centavo, así que no voy a comprar ninguno de esos bichos.

Entonces el tejano dijo que iba a regalarle a Eck un caballo.

-Para poner en marcha la subasta y porque me ayudaste anoche. Pero tienes que empezar la puja en el siguiente caballo -dijo-. Y voy a darte aquel cabeza de chorlito.

Me gustaría que hubieras visto a la gente allí de pie, con el dinero de las simientes en el bolsillo, mirando cómo el tejano le daba a Eck un caballo vivo y coleando, dispuesta a llamarle loco tanto si lo aceptaba como si no. Eck dijo por fin que se quedaba con él.

-Yo sólo empiezo la puja -dijo-.

No tengo que comprarlo a menos que nadie suba mi oferta.

El hombre de Texas dijo que de acuerdo; Eck ofreció un dólar por el siguiente caballo; Henry Armstid, con la boca ya abierta, miraba a Eck y al tejano como un perro rabioso o algo así.

-Un dólar -dijo Eck.

El tejano miró a Eck. Había abierto también la boca, como si hubiera empezado a decir algo y las palabras se le hubieran ahogado dentro.

-¿Un dólar? -dijo- ¿Uno? ¿Quiere decir "uno", Eck?

-Maldita sea -dijo Eck- Bueno, dos dólares.

Sí, señor. Me gustaría que hubierais visto al hombre de Texas. Sacó la caja de galletitas de jengibre, la levantó y miró en su interior con mucho cuidado, como si contuviera un anillo de brillantes o una araña.

Luego la tiró al suelo y se limpió la cara con un pañuelo.

-Bien -dijo-. Bien. Dos dólares.

¿Tienes templado el pulso, Eck?

¿Tienes sudores de malaria por la noche, tal vez? -dijo-. Bien. Tendrá que aceptar tu puja. Pero ¿y vosotros, muchachos? ¿Vais a quedaros ahí sin hacer nada mientras Eck se lleva dos caballos a dólar cada uno?



Aquello dio en el blanco. Que me aspen si el tejano no era casi tan listo como Flem Snopes. No había terminado de hablar cuando ahí estaba Henry Armstid agitando la mano.

-Tres dólares -dijo. La señora Armstid trató otra vez de sujetarlo.

Él se sacudió de encima la mano y se llegó a la puerta a codazos.

-Señor -dijo la señora Armstid-.

Tenemos niños esperando en casa; no tenemos grano para alimentar el ganado. Sólo cinco dólares que gané para los chicos tejiendo después de anochecer, mientras él roncaba. Y no quiere oír hablar de otra cosa que de comprar.

-Henry ofrece tres dólares -dijo el tejano-. Sube un dólar más, Eck, y el caballo es tuyo.

-Henry -dijo la señora Armstid.

-Sube, Eck -dijo el tejano.

-Cuatro dólares -dijo Eck.

-Cinco dólares -dijo Henry, blandiendo el puño. Llegó a empujones hasta el mismo pie del poste. La señora Armstid también miraba al tejano.

-Señor -dijo-, si acepta usted esos cinco dólares que gané para mis chicos tejiendo a cambio de una de esas bestias, sobre usted y los suyos caerá una maldición que no cesará nunca.

Pero aquello no detuvo a Henry.

Se había abierto paso a empujones y agitaba el puño en dirección al tejano. Cuando abrió la mano, vimos el dinero; eran cuartos y monedas de cinco centavos, y un billete de dólar que parecía el bolo alimenticio de una vaca.

-Cinco dólares -dijo-. Y si hay alguien que ofrezca más tendrá que romperme la cabeza, o yo le romperé la suya.

-De acuerdo -dijo el tejano-. Adjudicado. Pero no sacuda la mano en dirección a mi persona.

Casi había caído el sol cuando se subastó el último. En una ocasión el tejano nos caldeó de tal manera que la puja subió a siete dólares con veinticinco centavos, pero la mayoría de ellos fueron adjudicados por tres o cuatro dólares. El tejano seguía encaramado en el poste, eligiendo los caballos de uno en uno y verbalmente, y la señora Littlejohn se agachaba y se levantaba delante de la tina, y de vez en cuando se paraba e iba hasta la cerca y se quedaba allí un rato y volvía otra vez a la tina. Cuando acabó la subasta ella también había terminado su trabajo; de la cuerda de la ropa, en el patio trasero, colgaba la colada, y de la cocina llegaba el olor de la cena. El tejano cambió por un carruaje su carro y los dos últimos caballos. La subasta había terminado.

Estábamos todos muy cansados, pero Henry Armstid parecía más que nunca un perro rabioso. Cuando su marido consiguió el poney, la señora Armstid volvió al carro y se sentó detrás de aquellas mulas esqueléticas y del tamaño de conejos; hasta el carro parecía que iba a caerse en pedazos en cuanto las mulas echaran a andar.

Henry ni siquiera se había molestado en apartar el carro a un lado; seguía en medio del camino, y la señora Armstid estaba sentada en él sin mirar a ninguna parte. Desde que había llegado por la mañana no miraba a nada ni a nadie.

Henry estaba allí de pie, apoyado contra la puerta. Se acercó hasta el tejano y dijo: -He comprado un caballo y he pagado en metálico. Y usted espera que me quede aquí hasta que venda todos para que yo pueda llevarme el mío. Voy a llevármelo del corral ahora mismo.

El tejano miró a Henry. Habló como si estuviera sentado en una mesa y pidiera una taza de café.

-Llévese su caballo -dijo.

Entonces Henry dejó de mirarle.

Empezó a tragar saliva mientras se agarraba a la puerta.

-¿No va a ayudarme? -dijo.

-El caballo no es mío -dijo el tejano.

Henry no volvió a mirar al tejano; tampoco miró a nadie.

-¿Quién me ayuda a atraparlo?

-dijo.

Nadie respondió.

-Tráeme la cuerda del arado -dijo Henry.

La señora Armstid se bajó del carro y trajo la cuerda. El tejano se bajó del poste. La mujer hizo ademán de pasar a su lado con la cuerda.

-No entre ahí, señora -dijo el tejano.

Henry abrió la puerta. No miró atrás.

-Ven aquí -dijo.

-No entre ahí, señora -dijo el tejano.

La señora Armstid tampoco miraba a nadie; tenía las manos cruzadas en el regazo, sosteniendo la cuerda.

-Creo que será mejor que lo haga -dijo. Henry y ella entraron en el corral. Los caballos dieron un respingo y salieron corriendo. Henry y ella los siguieron.

-Acorrálalo en el rincón -dijo Henry.

Cuando por fin tuvieron al caballo de Henry acorralado en un rincón, Henry empuñó la cuerda, pero la señora Armstid lo dejó escapar. Volvieron a cercarle entre ambos, pero la señora Armstid lo dejó escapar de nuevo. Henry se volvió y golpeó a su mujer con la cuerda.

-¿Por qué no le has cortado la retirada? -dijo Henry, y la golpeó otra vez-. ¿Por qué no lo has hecho?

Fue más o menos entonces cuando eché una ojeada a mi alrededor y vi allí en pie a Flem Snopes.

Fue el tejano quien actuó. Se movió con rapidez para su corpulencia.

Antes de que Henry golpeará por tercera vez a su mujer, el tejano le arrebató la cuerda; Henry se revolvió e hizo ademán de lanzarse sobre el tejano. Pero no llegó a saltar. El tejano se fue hacia él, lo agarró por el brazo y lo sacó del corral. La señora Armstid los siguió, y el tejano sacó dinero del bolsillo y lo depositó en la mano de la señora Armstid.

-Hágalo subir al carro y llévelo a casa -dijo, como si les estuviera comentando lo mucho que había disfrutado con la cena.

Entonces se acercó Flem.

-¿Para qué es eso, Buck? -dijo.

-El tipo se cree que me ha comprado un poney -dijo el tejano-. Lléveselo de aquí, señora.

Pero Henry no quería irse.

-Devuélvele el dinero -le dijo a su mujer-. He comprado ese caballo y tengo intención de llevármelo aunque tenga que pegarle un tiro.

Y allí estaba Flem, con las manos en los bolsillos, mascando, como si pasara por allí por pura casualidad.

-Usted coja su dinero y yo cojo mi caballo -dijo Henry-. Devuélveselo -le dijo a su mujer.

-Usted no es propietario de ninguno de mis caballos -dijo el tejano- .

Lléveselo a casa, señora.

Entonces Henry vio a Flem.

-Tú tienes algo que ver con estos caballos ¿no? -dijo-. Compré uno.

Aquí está el dinero. -Cogió el billete de la mano de su mujer y se lo ofreció a Flem-. Compré uno. Pregúntale a él. Aquí tienes. Aquí está el dinero -dijo, dándole a Flem el billete.

Cuando Flem cogió el dinero, el tejano dejó caer la cuerda que le había quitado a Henry. Había mandado al chico de Eck Snopes a la tienda a comprarle otra caja de galletitas de jengibre, sacó la caja del bolsillo y miró en su interior. Estaba vacía, la tiró al suelo.

-El señor Snopes tendrá este dinero a su disposición mañana -le dijo la señora Armstid-. Pídaselo mañana y se lo entregará. Su marido no ha comprado ningún caballo. Métalo en el carro y llévelo a casa.

La señora Armstid volvió al carro y se subió en él.

-¿Dónde está el carruaje que me he comprado? -dijo el tejano.

Para entonces ya había anochecido.

La señora Littlejohn salió al porche y tocó la campana para la cena.

#### IV

Entré en la casa y cené. La señora Littlejohn nos traía una cazuela con pan o con cualquier otra cosa, salía unos minutos al porche y volvía y nos lo contaba. El hombre de Texas había enganchado su tiro al carruaje que había cambiado por los dos últimos caballos, y se había marchado con Flem Snopes. Los demás -nos contó- habían ido a la tienda a comprarle cuerda a I. O. Snopes, pues se habían vendido sin ellas, y en la puerta del corral no quedaba ya nadie más que

Henry Armstid. La señora Armstid seguía sentada en el carro, en medio del camino, y también estaban por allí Eck Snopes y su chico.

-Me tiene sin cuidado que todos esos locos se dejen matar por esas bestias -dijo la señora Littlejohn-, pero no pienso permitir que Eck Snopes vuelva a hacerle entrar en el corral al chico.

Así que bajó hasta la puerta, pero volvió sin el chico y sin el padre.

-No tiene que preocuparse por ese chico -dije-. Está hechizado.

La noche anterior, cuando Eck entró a ayudar a dar de comer a los caballos, el chico estuvo detrás del padre, y los caballos, en la desbandada, saltaron limpiamente sobre su cabeza sin llegar a tocarlo. Quien lo tocó fue Eck. Lo agarró, lo hizo subir al carro y le zurró de lo lindo con una cuerda.

Así que cené y me fui a mi cuarto y empecé a desvestirme, pues al día siguiente me esperaba un largo viaje.

Intentaba vender una máquina a la señora Bundren, que vivía más allá de Whiteleaf. Y fue entonces cuando Henry Armstid abrió la puerta y entró solo en el corral. No lograron convencerle de que esperara a que volvieran los demás con las cuerdas. Eck Snopes contó que intentó hacerle esperar, pero que Henry no quiso escucharle. Contó que Henry fue directamente hacia ellos, y que los animales echaron a correr y saltaron sobre él como un montón de heno que se desmorona de repente. Contó que logró apartar a su hijo justo a tiempo, y que aquellas bestias salieron por la puerta como una riada, abalanzándose contra carros y tiros atados a un lado del camino y destrozando las lanzas y partiendo a dentelladas, como si fueran sedales, los arreos. La señora Armstid seguía sentada en el carro, en medio del camino, como tallada en madera. Entonces se dispersaron, tanto los caballos salvajes como las mulas domésticas, con trozos de correajes y balancines colgando a sus espaldas, en desbandada a derecha e izquierda del camino.

-¡Allá va el nuestro, papá! -contó Eck que gritó su hijo- ¡Allá, entrando en casa de la señora Littlejohn.

Eck dijo que el animal subió a la carrera los escalones y se metió en la casa como un huésped que llega tarde para la cena. Algo así. En resumidas cuentas, yo estaba en mi cuarto, en ropa interior, con un calcetín en una mano y el otro puesto y asomado a la ventana a causa del tumulto, cuando oí que algo se estrellaba contra el armario de la sala. Algo que sonaba como una locomotora. Entonces la puerta de mi cuarto salió volando hacia adentro como la tapa de un cubo de hojalata que alguien ha lanzado al viento, y miré por encima del hombro y vi algo parecido a una girándula gigantesca que fijaba en mí sus ojos fulgurantes.

Debió de fijarlos con enorme rapidez, pues para entonces yo ya había saltado por la ventana.

Calculo que el bicho estaba inquieto. Calculo que no había visto en su vida salvado o alambre de espino, pero no estoy seguro de que lo que no había visto en su vida era ropa interior, o tal vez era un viajante de máquinas de coser lo que no había visto nunca.

Sea como fuere, se volvió como un torbellino y entró de nuevo en la sala, y estaba ya saliendo de la casa cuando se topó con Eck Snopes y su chico, que en ese momento entraban con una cuerda. Volvió a girar en redondo y atravesó la sala y salía ya por la puerta trasera cuando se tropezó con la señora Littlejohn, que acababa de recoger la ropa tendida y de poner pie en el porche trasero con un montón de colada en un brazo y la tabla de lavar en el otro. El animal patinó hasta ella sobre sus patas, tratando de parar y de girar de nuevo. Pero no le dio tiempo.

-Fuera de aquí, bicho -dijo la señora Littlejohn.

Y le sacudió en la mitad de la cara con la tabla de lavar. La tabla se partió limpiamente como la habría partido un hacha, y cuando el caballo se volvió para cruzar de nuevo la sala, la señora Littlejohn le asestó otro golpe con lo que quedaba de tabla, aunque esta vez no en la cabeza.

-Y quédate fuera -dijo.

Eck y su chico, para entonces, habían llegado al centro de la sala.

Imagino que el bicho también le parecería a Eck una girándula.

-¡Sal de aquí ahora mismo, Ad, maldita sea! -dijo.

Pero era demasiado tarde. Eck cayó de bruces al suelo, pero el chico no se movió. Medía un metro, poco más o menos, y llevaba un mono idéntico al de Eck. El caballo saltó sobre su cabeza sin tocarle ni un pelo. Yo mismo lo vi, pues en ese momento subía los escalones de la puerta principal, en ropa interior y con el calcetín en la mano. El caballo que salía entonces al porche me lanzó una mirada, cambió otra vez de dirección, corrió hasta un extremo del porche y saltó por encima de la barandilla y de la cerca del corral como un halcón gallinero. Tomó tierra aún corriendo y volvió a salir por la puerta y saltó ocho o diez carros volcados y siguió a todo trapo por el camino.

La luna estaba llena para entonces.

La señora Armstid, sentada en el carro, parecía una figura tallada en madera, abandonada y olvidada.

¡Qué animal! No perdió ni un segundo. Iba a unas cuarenta millas por hora cuando entró en el puente sobre el arroyo. Habría tenido vía libre si no hubiera acontecido que Vernon Tull estaba utilizando el puente en aquel momento. Volvía de la ciudad; no había oído hablar de la subasta; iba con su mujer y con la tía de su mujer y con sus

tres hijas, todos sentados en sillas dentro del carro y todos dormidos, incluidas las mulas.

Cuando el caballo golpeó el puente por primera vez, se despertaron, pero Tull contó luego que de lo primero que tuvo conciencia fue de que las mulas trataban de dar la vuelta al carro en mitad del puente, y entonces vio cómo aquel bicho manchado se metía entre las dos mulas corriendo y trepaba por la lanza como una ardilla.

Contó que sólo tuvo tiempo para cruzarle la cara al bicho con el mango de su látigo, porque para entonces las mulas habían logrado que el carro diera la vuelta en mitad del puente, que era de una dirección, y el bicho pasó por encima de una de las mulas y saltó sobre el puente y siguió su camino, mientras él seguía lanzándole puntapiés de pie en el carro.

Tull contó que las mulas giraron sobre sus arreos y se subieron también al carro, mientras él, con las riendas enrolladas en las muñecas, trataba de hacerlas bajar a golpes. Contó que todo lo que vio a continuación fue sillas volcadas y piernas de mujer y bragas blancas brillando a la luz de la luna, y a sus mulas y a aquel animal manchado que corría camino arriba como un fantasma.

Las mulas derribaron a Tull fuera del carro y lo arrastraron un buen trecho sobre el puente, hasta que al fin las riendas se rompieron. Al principio sus familiares pensaron que estaba muerto, y estaban arrodillados a su alrededor y sacándoles las astillas cuando de ahí que llega Eck con su chico, aún con la cuerda en la mano. Corrían casi sin resuello.

-¿Por dónde ha ido? -dijo.

V

Volví y me puse los pantalones y la camisa y los zapatos y llegué justo a tiempo para ayudar a sacar a Henry Armstid fuera de la porquería del corral. Que me aspen si no parecía talmente muerto; la cabeza le colgaba hacia atrás, sus dientes brillaban a la luz de la luna, bajo sus párpados se veía un débil surco blanco. Seguíamos oyendo a los caballos; ninguno se había alejado más de cuatro o cinco millas; me figuro que, al no conocer la región, corrían de un lado para otro. Así que los oíamos, y de cuando en cuando oíamos también a sus dueños gritando: -¡Eaaa! ¡Córtale la retirada!

Llevamos a Henry a cuestas a la casa. La señora Littlejohn estaba en la sala; seguía con el montón de colada en el brazo. Nos miró, dejó la tabla de lavar partida a un lado, cogió un farol y abrió una puerta.

-Traedlo aquí -dijo.

Lo llevamos dentro y lo acostamos en la cama. La señora Littlejohn dejó el farol sobre el tocador; seguía con la colada en el brazo.

-Bien, muchachos -dijo. Nuestras sombras, proyectadas en lo alto de la pared, se movían también sigilosamente. Podíamos oír nuestra propia respiración-. Será mejor que vayáis a buscar a su mujer -dijo, y salió con el montón de ropa sobre el brazo.

-Creo que sí -dijo Quick-. Que alguien vaya a buscarla.

-¿Y por qué no tú? -dijo Winterbottom.

-Que vaya Ernest -dijo Durley-.

Es vecino suyo.

Ernest fue, pues, a avisarla. Que me aspen si Henry no parecía talmente muerto. La señora Littlejohn volvió con un barreño y unas toallas. Se puso a atender a Henry, y entonces entraron Ernest y la señora Armstid.

La señora Armstid se acercó hasta el pie de la cama y se quedó allí, con las manos juntas dentro del delantal, imagino que mirando lo que la señora Littlejohn estaba haciendo.

-Vosotros, muchachos, quitaros de en medio -dijo la señora Littlejohn-.

Salid fuera -dijo-. Id a ver si encontráis otro juego con el que podáis mataros algunos más.

-¿Está muerto? -dijo Winterbottom.

-No será gracias a ti si no lo está -dijo la señora Littlejohn-. Id a avisar a Will Warner. Creo que, en resumidas cuentas, un hombre no es tan diferente de una mula. A excepción tal vez de que una mula tiene más sentido común.

Fuimos en busca de tío Billy. Había luna llena. De cuando en cuando podíamos oírlos, a unas cuatro millas de distancia: -¡Eaaa! ¡Córtale el paso!

La región estaba llena de tipos corriendo como alma que lleva el diablo por los puentes de madera; en cada puente había uno gritando: -¡Eaaa! ¡Ahí va! ¡Córtale el paso!



No habíamos ido muy lejos cuando Henry empezó a chillar. Imagino que el agua de la señora Littlejohn le hizo volver en sí; en cualquier caso, no estaba muerto. Seguimos en dirección a casa de tío Billy. Cuando llegamos, la casa estaba a oscuras.

Llamamos, y al rato se abrió la ventana y apareció la cabeza de tío Billy, viva como la de un pájaro carpintero, alerta.

-¿Siguen intentando atrapar a esos malditos conejos? -dijo.

Bajó con los pantalones encima del camisón y los tirantes colgando; llevaba su maletín de auxiliar a los caballos.

-Sí, señor -dijo, irguiendo la cabeza como un pájaro carpintero-. Siguen intentádolo.

Pudimos oír a Henry antes de llegar a la casa de la señora Littlejohn. Gritaba: "Ay, ay, ay". Nos detuvimos en el patio. Oímos también a los de los puentes, que corrían de un lado para otro.

-¡Eaaaaa! ¡Eaaaaa!

-Eck Snopes ya debería haber atrapado el suyo -dijo Ernest.

-Sí, debería -dijo Winterbottom.

Henry seguía con su monótono "ay, ay, ay" dentro de la casa; de pronto empezó a gritar.

-Tío Billy se ha puesto manos a la obra -dijo Quick.

Echamos una ojeada dentro de la sala. En el lugar donde estaba la puerta vimos luz. Entonces salió la señora Littlejohn.

-Will necesita su ayuda -dijo-.

Tú, Ernest. Tú servirás.

Ernest entró en la casa.

-¿Los oyes? -dijo Quick-. Ése ha sido en el puente de las Cuatro Millas.

Podíamos oírlos, era como un estruendo a lo lejos; no duró mucho.

-¡Eaaa!

Podíamos también oír a Henry.

-Ay, ay, ay, ay.

-Ahora se han puesto los dos -dijo Winterbottom-. También Ernest.

No era noche avanzada todavía. Y era mejor así, porque a los dueños de los caballos les llevaría una larga noche atraparlos, la misma que Henry tendría para chillar allí tendido en la cama, pues tío Billy no había traído ni una pizca de cloroformo para arreglarle la pierna. En fin, fue un detalle de parte de Flem al haber hecho que salieran temprano. ¿Y cuál piensa que fue su comentario?

Exacto: ninguno. Pues Flem no estaba allí. Nadie lo había visto desde que se marchó aquel tejano.

## VI

Fue el sábado por la noche cuando sucedió todo esto. Calculo que la señora Armstid llegaría a su casa al despuntar el nuevo día; iba a ocuparse de los niños. No sé lo que ellos pensarían acerca del paradero de sus padres. Era una suerte que el mayor de ellos fuera una chica de unos doce años, lo suficientemente mayor como para cuidar de los pequeños. Tendría que hacerlo durante los dos días siguientes. La señora Armstid cuidaba de Henry por la noche, y luego trabajaba en la cocina para atender a las necesidades de su marido y de ella, y por la tarde volvía a casa (eran unas cuatro millas) para ocuparse de los chicos. Cocinaba algo en un puchero y lo dejaba sobre la cocinilla, y la chica atrancaba la puerta y mantenía callados a los pequeños. Yo oía a la señora Littlejohn y la señora Armstid hablando en la cocina.

-¿Qué tal se desenvuelven los chicos? -decía la señora Littlejohn.

-Muy bien -decía la señora Armstid.

-¿No tienen miedo por la noche?

-decía la señora Littlejohn.

Ina May atranca la puerta cuando me voy -decía la señora Armstid-. Se lleva el hacha a la cama. Creo que sabe arreglárselas.

Me imagino que se las arreglaron solos. Y me imagino que la señora Armstid estaba esperando a que volviera Flem. Nadie lo había visto hasta aquella mañana. Esperaba que le devolviera el dinero que el tejano había dicho que guardaría para ella.

Seguro. Creo que eso era lo que esperaba.

Sea como fuere, yo las estaba escuchando hablar en la cocina mientras tomaba el desayuno. La señora Littlejohn acababa de decirle a la señora Armstid que Flem estaba allí.

-Puede perderle los cinco dólares -dijo la señora Littlejohn.

-¿Usted cree que me los dará?

-dijo la señora Armstid.

La señora Littlejohn estaba fregando los cacharros; parecía un hombre: los fregaba como si estuvieran hechos de hierro.

-No -dijo-. Pero por preguntarlo no se pierde nada. A lo mejor se avergüenza. No creo que suceda, pero puede que sí.

-Si no me los va a devolver, no servirá de nada que se los pida -dijo la señora Armstid.

-Como usted quiera -dijo la señora Littlejohn-. Es su dinero.

Yo oía los cacharros.

-¿Piensa que podría devolvermelos?

-dijo la señora Armstid-. El tejano dijo que lo haría. Me dijo que los recuperaría más tarde de manos del señor Snopes.

-Entonces vaya y pídaselos -dijo la señora Littlejohn.

Yo oía los cacharros.

-No me los dará -dijo la señora Armstid.

-Muy bien -dijo la señora Littlejohn-. Entonces no se los pida.

Yo oía los cacharros. La señora Armstid estaba echándole una mano a la señora Littlejohn.

-¿Usted no cree que lo hará, eh?

-dijo.

La señora Littlejohn no respondió.

Parecía como si estuviera arrojando unos cacharros contra otros.

-Quizá sea mejor que vaya a hablar con Henry del asunto -dijo la señora Armstid.

-Creo que sí -dijo la señora Littlejohn.

Y que me aspen si no era como si tuviera un cacharro en cada mano y los hiciera chocar uno contra otro.

-Y si se los devuelve, Henry podrá comprarse otro caballo de cinco dólares. A lo mejor la próxima vez compra uno que resulta que lo

mata de verdad. Si pensara que así iba a ser, yo misma le daría esos cinco dólares.

-Creo que será mejor que primero vaya a hablar con Henry -dijo la señora Armstid.

Entonces fue como si la señora Littlejohn cogiera todos los cacharros y los arrojara contra la cocinilla. Y me marché.

Aquello fue por la mañana. Yo había ido a ver a la señora Bundren ya, y había vuelto, y pensé que las cosas se habrían calmado un poco para entonces. Así que después del desayuno me fui hasta el bazar de Varner. Y allí estaba Flem, sentado en la silla de la tienda, tallando, como si no se hubiera movido desde el día en que entró a trabajar para Jody Varner.

I. O. Snopes estaba apoyado en la puerta, en mangas de camisa, peinado con raya, como Flem antes de cederle el puesto de dependiente. Hay una cosa muy curiosa acerca de los Snopes: son todos muy parecidos, pero ninguno de ellos dice ser hermano de otro.

Son siempre sólo primos, como Flem y Eck y Flem e I. O. También estaba allí Eck, sentado contra la pared; a su lado estaba el chico, y comían queso y galletas que cogían de un saco.

Me contaron que Eck no había aparecido por su casa todavía. Y que, Lon Quick ni siquiera había vuelto. Siguió a su caballo hasta Samson's Bridge, con un carro y un equipo de acampar. Eck acabó atrapando a uno de los suyos. Se habían adentrado al galope en un camino sin salida, en Freeman, y Eck y el chico ataron la cuerda de un lado a otro de la entrada del camino, giró en redondo y volvió al galope sin pararse un instante.

Eck dijo que el animal no llegó ni a ver la cuerda. Contó que salió por el aire como una de esas girándulas de Navidad.

-¿No intentó echar a correr otra vez? -dije yo.

-No -dijo Eck, comiendo un trozo de queso que había cortado con su cuchillo-. Sólo coceó un poco.

-¿Coceó un poco? -dije yo.

-Se partió el cuello -dijo Eck.

Bien, allí estaban sentados, unos seis, hablando, hablándole a Flem.

Nadie sabía todavía si Flem tenía o no participación en los caballos. Así que al fin fui directamente al grano y le pregunté: -Flem nos ha timado a todos tanto que estamos orgullosos de él. Venga, Flem, ¿cuánto sacasteis el tejano y tú con esos caballos? Nos lo puedes decir. De los que estamos aquí, nadie más que Eck los ha comprado. Los otros no han vuelto aún, y Eck es tu primo. Se sentirá orgulloso también cuando lo sepa. ¿Cuánto sacasteis?

Todos estaban tallando; nadie miraba a Flem, hacían como que estaban concentrados en lo que estaban haciendo. Pero se podría haber oído la caída de una aguja. I. O., que había estado frotándose la espalda contra la puerta, se quedó quieto y miró a Flem como un perro que muestra la caza.

Flem acabó de desprender la astilla de su trozo de madera. Escupió al camino, por encima del porche.

-Los caballos no eran míos -dijo.

I. O. lanzó una risa parecida al cacareo de una gallina y se golpeó las piernas con las dos manos.

-Muchachos, será mejor que dejéis de intentar vencer a Flem -dijo.

Bien, fue más o menos entonces cuando vi que la señora Armstid salía de la puerta de la señora Littlejohn y venía por el camino en dirección a nosotros. Pero no dije nada. Dije: -Bueno, si un tipo no sabe cuidarse de sí mismo en los negocios, no tiene por qué achacar nada al tipo que le despluma.

Flem siguió tallando en silencio.

No había visto a la señora Armstid.

-Sí, señor -dije-. Un tipo como Henry Armstid no debe culpar a nadie más que a sí mismo.

-Claro que no -dijo I. O. Tampoco él la había visto-. Henry Armstid es un chalado de nacimiento.

Siempre lo ha sido. Si el dinero no se lo hubiera llevado Flem, se lo habría llevado cualquier otro.

Miramos a Flem. La señora Armstid se acercaba por el camino. Flem no se movió en lo más mínimo.

-Es cierto -dije-. Pero, pensándolo bien, Henry no compró ningún caballo.

Miramos a Flem. Se podría haber oído hasta la caída de una cerilla.

-El tejano le dijo que le pidiera a Flem los cinco dólares al día siguiente -dije-. Imagino que Flem habrá llevado el dinero a casa de la señora Littlejohn para dárselo a la señora Armstid.

Miramos a Flem. I. O. volvió a dejar de frotarse la espalda contra la puerta. Al cabo de un rato, Flem alzó la cabeza y escupió contra el polvo, por encima del porche. I. O. se rió, exactamente igual que una gallina.

-¿Verdad que es invencible? -dijo.

La señora Armstid se estaba acercando, así que seguí hablando, atento por si Flem alzaba la mirada y la veía. Pero no lo hizo. Seguí hablando de Tull, de que pensaba poner un pleito a Flem, y Flem seguía allí sentado, tallando su madera, sin volver a abrir la boca desde que dijo que los caballos no eran suyos.

Entonces I. O. echó una mirada alrededor. Vio a la señora Armstid.

-¡Chsssss! -dijo.

Flem alzó la vista.

-¡Ahí viene! -dijo I. O.-. Sal por la trastienda. Le diré que te has ido hoy a la ciudad.

Pero Flem no se movió. Se quedó sentado, tallando, y vimos cómo la señora Armstid subía al porche, con aquella toca para el sol y aquella bata descoloridas y aquellos zapatos de lona que hacían una especie de ruido siseante sobre el suelo del porche.

Llegó arriba y se paró, con las manos en el regazo, dentro de la bata, sin mirar a ninguna parte.

-Dijo el sábado que no quería venderle a Henry ningún caballo. Dijo que el dinero me lo daría usted.

-Flem alzó la mirada. El cuchillo siguió tallando. Siguió cortando y desprendiendo una astilla como si Flem lo guiara con la vista.

-Cuando se fue se llevó el dinero -dijo.

La señora Armstid no miraba a nada ni a nadie. Y nosotros tampoco la miramos; sólo la miraba el chico de Eck, que tenía en la mano una galleta a medio comer y seguía masticando.

-Él dijo que Henry no había comprado ningún caballo -dijo la señora Armstid-. Me dijo que recogiera hoy el dinero que guardaba usted.

-Supongo que lo olvidaría -dijo Flem-. El sábado cuando se fue, se llevó el dinero.

Se puso a tallar de nuevo. I. O.

volvió a frotarse la espalda, despacio; se pasó la lengua por los labios.

Al rato la mujer alzó la vista hacia donde el camino ascendía por la colina, en dirección al camposanto. Se quedó mirando hacia allí unos instantes, mientras el chico de Eck la miraba a ella e I. O. se restregaba la espalda contra la puerta despacio.

Luego la mujer se dio la vuelta y fue hacia los escalones.

-Creo que es hora de que empiece a hacer la comida -dijo.

-¿Cómo está Henry esta mañana, señora Armstid? -dijo Winterbottom.

La señora Armstid miró a Winterbottom; casi se detuvo.

-Está descansando. Gracias, es usted muy amable -dijo.

Flem se levantó, dejó la silla y se guardó el cuchillo. Escupió por encima del porche.

-Espere un momento, señora Armstid -dijo.

La mujer volvió a pararse. No lo miró. Flem entró en la tienda. I.

O. había dejado de restregarse la espalda, y alargó la cabeza en dirección a Flem, y la señora Armstid se quedó allí quieta, sin mirar a ninguna parte, con las manos dentro de la bata.

Por el camino se acercó un carro; era Freeman, que volvía de la ciudad; pasó de largo. Salió Flem; I. O. seguía mirándole. Flem traía uno de esos saquitos a rayas con caramelos que vende Jody Varner. Apuesto a que todavía sigue debiéndole a Jody esos cinco centavos. Puso el saquito en la mano de la señora Armstid, del mismo modo que lo hubiera puesto en el tocón hueco de un árbol. Volvió a escupir por encima del porche.

-Unos dulces para los chicos -dijo.

-Es usted muy amable -dijo la señora Armstid.

Se quedó con el saquito encima de la mano, sin mirar a ninguna parte.

El chico de Eck miraba los caramelos y seguía con la galleta a medio comer en la mano; ya no masticaba. Miró cómo la señora Armstid se metía el saquito en el delantal.

-Será mejor que vaya a ayudar un poco a preparar el almuerzo -dijo.

Se volvió y caminó por el porche hacia los escalones. Flem se sentó y abrió la navaja. Volvió a escupir por encima del porche, más allá de la señora Armstid, que no había acabado de bajar los escalones. La señora Armstid echó a andar luego camino abajo, con aquella toca

para el sol y aquella bata, las dos del mismo color, en dirección a la casa de la señora Littlejohn. La bata no se le movía al andar, a diferencia de lo que sucede normalmente cuando caminan las mujeres. La señora Armstid parecía un viejo tronco que se desplazara muy erguido sobre las aguas crecidas de un río. Vimos cómo entraba en la casa de la señora Littlejohn y desaparecía de la vista. Flem seguía tallando. I.

O. volvió a restregarse la espalda contra la puerta. Luego se echó a reír, cacareando exactamente igual que una gallina.

-Muchachos, será mejor que dejéis de intentarlo -dijo I. O.-. No podéis aventajar a Flem. No podéis compararos con él. Es un lince, ¿o no?

Y que me aspen si no lo era. Si hubiera sido yo el que hubiera traído y vendido a mis vecinos y familiares una manada de gatos monteses, me habrían linchado. Sí, señor.